

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO DE SALAMANCA

MAYO-JUNIO



2001

Depósito Legal: S. 21-1958

Imprenta KADMOS

Salamanca, 2001

Sumario

	<u>Págs.</u>
Del Señor Obispo	
CARTAS	
Orar por las vocaciones	135
Resistencia a ser evangelizados	137
Ir al lado de Jesús	138
Pascua florida y Pascua granada	140
Pentecostés	141
Las monjas contemplativas	142
La Caridad de Cristo	144
Lo cristiano y lo pagano	145
Algo de amor a la Iglesia	147
HOMILÍAS	
San Juan de Ávila	149
Ordenación de Diáconos	152
Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote	157
Pentecostés	160
Corpus Christi	164
Curia diocesana	
CANCILLERÍA	
SECRETARÍA	
Órdenes	169
Datos estadísticos del año 2000	170

	<u>Págs.</u>
Crónica diocesana	
Ochocientos años de la dedicación de la parroquia de San Juan Bautista	173
Jornadas de reflexión en el Día del Enfermo	174
Éxito en las jornadas sobre la figura del sacerdote en la sociedad	175
Bodas de oro y plata sacerdotales e institución de cuatro acólitos	176
Reconocimiento a la labor de restauración de la iglesia de San Cristóbal	176
Actividades en la Semana de laicos	177
Misa de Acción de Gracias por la beatificación de cuatro salesianos	177
Necrológicas	178
 Iglesia en Castilla	
Fundación "Las Edades del Hombre": Inauguración de la nueva edición de "Las Edades del hombre" en la Catedral de Zamora	181
 Iglesia en España	
El exPresidente de Portugal Ramalho Eanes y el Nuncio en España Monteiro de Castro, en el XII Simposio de Historia de la Iglesia en España y América	183
Mensaje de la Comisión de Obispos y Superiores Mayores en la Jornada por la Vida Consagrada Contemplativa	185
Comunicado de la Comisión Episcopal de Pastoral Social en el Día de la Caridad, en la festividad del Corpus Christi.....	186

	<u>Págs.</u>
Iglesia en el mundo	
Homilía en la solemnidad de Pentecostés y traslado de la urna con el cuerpo del beato Juan XXIII	193
Homilía en la solemnidad de la Santísima Trinidad	196
Homilía del Santo Padre en la festividad del Corpus Christi	200
Mensaje de su Santidad Juan Pablo II para la XXII Jornada Mundial del Turismo	203
SANTA SEDE	
Instrucción sobre el envío y la permanencia en el extranjero de los sacerdotes del clero diocesano de los territorios en misión	209
Colaboraciones	
San Juan Bautista, 800 años de historia	217

Del Señor Obispo

CARTAS

Orar por las vocaciones

No cabe duda: cada vez es más necesario presentar la fe cristiana como un encuentro de la persona con Jesucristo resucitado, que llama y que necesariamente debe recibir una respuesta afirmativa o negativa. Yo estoy persuadido de que muchos de los problemas que tenemos hoy en la pastoral vocacional tienen aquí su causa: no ponemos en contacto a nuestros muchachos y jóvenes con Cristo para que en diálogo con Él sean invitados por el Maestro, que les dice: “Tú sígueme”. Si no oyen su voz, ¿cómo van a conocer al Pastor, a Cristo que pide que le sigamos para darnos la vida eterna?

Ser cristiano es seguir a Cristo, estar con Cristo, creer con Cristo, contar con Cristo, juzgar nuestra vida y nuestras opciones con su ayuda irremplazable. Pero no creemos mucho en la oración y pensamos los que educamos en la fe que los jóvenes y adolescentes se van a aburrir tremendamente orando, adentrándose en su interior y encontrando allí la voz de Cristo, “más interior a nosotros mismos que nuestra propia interioridad”.

La vida como vocación, la iniciación cristiana como un encuentro con Jesucristo que, como en el caso de la samaritana, me ha dicho todo lo

que he hecho (Jn 4,29). Desde ahí podemos ofertar las vocaciones de especial consagración (al sacerdocio, a la vida religiosa o a otras formas de consagración), sabiendo que el Espíritu Santo conduce suavemente a las personas, a los hombres y mujeres hacia la voluntad de Dios sobre cada uno de sus hijos.

La Comunidad cristiana, parroquial o de otro tipo, debe estar ahí en ese proceso vocacional, sosteniéndole, animándole, acompañándole. Pero los adolescentes y jóvenes tienen que ver en nuestras comunidades personas vocacionadas, no cristianos amorfos, que no saben ni lo que quieren, ni viven con claridad su propia vocación, sea la vocación cristiana al matrimonio, la vocación cristiana al sacerdocio o a la vida religiosa, sea la vocación del fiel laico/a en general.

Se nos invita este domingo de Pascua a orar por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Es una necesidad y debemos hacerlo, si de veras el problema nos preocupa como comunidad cristiana que necesita de estas personas para su normal desarrollo y servicio. Pero a mi modo de ver, hemos de hacer antes algo indispensable, que se puede identificar con una sana apologética: ser llamado por Cristo para ser sacerdote, religioso/a o para otras formas de consagración que, por una parte, es una vocación estupenda que lleva a la felicidad a quien responde a la llamada del Señor, y, por otra, es posible.

Se está creando en nuestros cristianos, por la presión de la cultura ambiental, la sensación de que esa manera de ser cristiano, que lleva consigo la consagración celibataria es imposible, absurda y alejada de los intereses reales de la vida actual. Mucho contribuye a ello la mala iniciación cristiana que no subraya el sentido personal de nuestro Señor, que nos llama personalmente a seguirle y no acepta el refugio de esconderse en la masa, impersonalmente para no dar respuestas propias al Señor, sino las que dan todos, las corrientes, las que no destacan ni se singularizan.

Resistencia a ser evangelizados

Pascua y anuncio del Evangelio van unidos; Pascua y deseo de que otros conozcan a Cristo y lo que Él ha hecho por nosotros se implican mutuamente en el corazón del creyente, que se siente impulsado de forma espontánea al apostolado y la misión. Releyendo estos días los primeros pasos de la evangelización que llevó a cabo la primitiva comunidad cristiana, uno se admira de la valentía y de la seguridad con que anuncia el kerigma. Igualmente impresiona comprobar los frutos de esa evangelización, sobre todo cuando los evangelizadores, catequistas y pastores encontramos esa resistencia a la evangelización en el interior de los hombres y mujeres, y sobre todo en los jóvenes, y aún en los niños de nuestra sociedad.

Hemos de reflexionar, por ejemplo, ante la acción evangelizadora del diácono Felipe en la ciudad de Samaría, cuyo efecto salta a la vista: “La ciudad se llenó de alegría”. ¿Qué tenían aquellos cristianos que no tenemos nosotros? Muchas cosas, sin duda, pero no quiero hacer hincapié en algo que se nos olvida por elemental: la evangelización es, por encima de todo, obra divina, misteriosa, prodigiosa, por sus inicios y por sus éxitos imprevisible: estamos muy lejos, por tanto, de una acción humana simplemente planificada. Es Dios quien tiene su plan, un plan que nosotros hemos de secundar y no ser de él protagonistas.

¡Con qué claridad describía este proceso Pablo VI, en una audiencia general en 1976!: “Existe una compenetración entre el sufrimiento—llamémoslo cruz—, una palabra que lo resume y transfigura y el compromiso apostólico, esto es, la construcción de la Iglesia. No es posible ser apóstol sin cargar con la cruz. Y si hoy se ofrece el deber y el honor del apostolado a todos los cristianos de manera indistinta, para que la vida cristiana se releve hoy tal cual es y debe ser, señal de que ha sonado la hora para todo el Pueblo de Dios: todos nosotros debemos ser apóstoles, todos nosotros debemos cargar con la cruz.

Para construir la Iglesia es preciso esforzarse, es preciso sufrir. Esta conclusión desconcierta ciertas concepciones erróneas de la vida cristiana presentada bajo el aspecto de la facilidad, de la comodidad, del interés temporal y personal, cuando su rostro tiene que estar siempre marcado por

el signo de la cruz, por el sacrificio soportado y realizado por amor a Cristo y a Dios, amor al prójimo, cercano o alejado. Y no es ésta una visión pesimista del cristianismo, sino una visión realista. La Iglesia debe ser un pueblo de fuertes, un pueblo de testigos animosos, un pueblo que sabe sufrir por su fe y por su difusión en el mundo, en el silencio, de modo gratuito y con amor”.

Los que evangelizamos, educamos en la fe, realizamos la catequesis, ¿tenemos idea de estos sentimientos, sabiéndonos instrumentos del Señor, testigos que necesitan de la fuerza del Espíritu, de su gracia y de la oración y amor sacrificado a la hora de cambiar Él, el corazón de los hombres y mujeres? No es casual que Pablo y Bernabé al finalizar su primer viaje apostólico, después de anunciar el Evangelio en Derbe y hacer bastantes discípulos, volviendo a Antioquía por Listra e Iconio, confortaran los ánimos de estos discípulos diciéndoles: “*Tenemos que pasar muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios*” (Hech 14,22).

Ir al lado de Jesús

Carta a los niños de Primera Comunión

El año pasado también os escribí en el mes de mayo; era una carta dirigida sobre todo a los que ibais a hacer la Primera Comunión. ¿Recordáis? Algunos me escribisteis, respondiéndome y os estoy muy agradecido. Ahora me dirijo a todos los niños y niñas de la Diócesis de Salamanca. Me parece que es un momento importante. Ya sé que algunos estuvisteis no hace mucho en Madrid en un encuentro con chavales de toda España, organizado por la Delegación de Misiones. Incluso los chicos y chicas de la parroquia de san Mateo, en el barrio de Garrido de Salamanca, estuvieron cantando en un concurso divertido.

¿De qué os quiero hablar? Pues de un grupo numeroso de cristianos mayores que en las parroquias, en los hospitales y en las residencias se dedican a cuidar a los enfermos. Estos enfermos son mayores, pero tam-

bién hay niños y niñas enfermos. Y me gustaría que a ese grupo de cristianos que se preocupan de los enfermos os unierais también vosotros, porque sois de la Iglesia y ella, como hizo Jesús, tiene que cuidar y curar a los enfermos. Me gustaría que también vosotros aportéis lo que pensáis y, sobre todo, que ayudéis y acompañéis a los niños enfermos. ¿Por qué no?

A veces a los papás les entra mucho miedo y no os cuentan casi nada de todas estas cosas, por no asustaros o porque piensan que los niños se pueden llevar mucho susto. De hecho no os dejan entrar en los hospitales a ver enfermos. Bueno: eso puede ser comprensible. Pero me gustaría, si me lo permitís, citaros algo que otro Obispo, que yo conozco, decía a los niños de su Iglesia:

“Te voy a decir una cosa, que a lo mejor te asusta, pero estoy seguro que tú me entiendes: la enfermedad y el sufrimiento es una verdadera escuela para descubrir a los otros y quererlos de verdad. ¿Por qué se me ocurre decir esto? Porque quien está enfermo y quien está a su lado, aprenden una lección: que somos como esos pobres que piden por las calles. Somos como los mendigos, necesitados siempre de la presencia de los otros para recibir su ayuda”.

Tiene razón mi colega y amigo Obispo, sobre todo en una cosa: con todo cariño, muchas veces vuestros padres os hacen un poco tontos y blandengues, porque sólo quieren que os lo paséis bien disfrutando de cosas. Y eso no hace feliz. Para serlo hay también que aprender a servir a los demás, a tener coraje para enfrentarse con los problemas y olvidar los tuyos. Y hay que aprender también a madurar, a crecer no sólo en centímetros, sino por dentro.

Haz una prueba: ¿conoces a algún niño enfermo de tu edad, aunque sea de anginas? Te propongo que vivas junto a él; si falta al colegio algunos días, infórmale de lo que sucede en el colegio, la lección que estudias, las actividades que haces; dedica un poco de tu tiempo a visitarle y jugar un ratito con él, así no se aburrirá. Hazle compañía y dialoga con él sobre las cosas que a ambos os interesen.

Por cierto, a los que escribí el año pasado para la Primera Comunión: ¿cómo va la segunda, y la tercera y la comunión de cada domingo? ¿Vas a la Eucaristía con los demás? ¿O ya pasas de todo porque se acabó la fiesta? Creo que eso no le gusta a Jesús. Piénsalo. Hasta pronto.

Pascua florida y Pascua granada

La Pascua son siete semanas. Una fiesta prolongada, que nos va haciendo madurar cristianamente desde el Misterio de la muerte y resurrección de Jesús hasta su triunfo pleno de la Ascensión y el envío del Espíritu Santo en Pentecostés. Precisamente estamos en estas dos últimas semanas de la Pascua, que no podemos desvirtuar por otro tipo de fiestas locales o populares. O, mejor, llenar esas fiestas locales de Cristo, de María o de los Santos con esta riqueza de la Liturgia cristiana de la Ascensión y Pentecostés.

Esta tensión creciente de la Pascua debe reflejarse tanto en los signos y gestos más propios de la Pascua (el cirio bien visible en el presbiterio, la aspersión del agua en las Misas de los domingos, el canto del Aleluya, el adorno festivo), como en el repertorio de cantos pascuales y del Espíritu Santo. ¡Qué pocos cantos pascuales sabemos y cantamos! ¡Qué poca alabanza y petición al Espíritu en nuestras celebraciones! Tampoco debemos olvidar que los textos litúrgicos de estas celebraciones, como son la lecturas bíblicas y las oraciones, son los que mejor nos conducen hacia lo más profundo de la gracia pascual.

Porque es bueno sentir que no sólo estamos “celebrando” la Pascua en la Liturgia, sino que la hemos acogido en nuestra actitud existencial; que estamos dejando que el resucitado y su Espíritu nos comuniquen su vida, su energía, su alegría, su novedad, su creatividad. Se nos tendría que notar claramente. Si Cristo nos ha dado la vida eterna, es para vivirla, anunciarla, manifestarla, celebrarla como la cima de todas las felicidades, como nuestra bienaventuranza. Hace dos mil años que Cristo habló del pan, de la paz y de la libertad, pero lo que ha traído a la tierra es más: ha traído la vida eterna. Y es la vida eterna lo que nosotros con Él, en la Iglesia, debemos continuar llevando. Si no somos nosotros quienes damos la vida eterna, nadie lo hará en nuestro lugar. Lo que nos apremia es que cada hombre y mujer puedan encontrar, como nosotros lo hemos encontrado, un Dios al que amamos y que antes ha amado Él a cada ser humano.

Ahora bien, sin el Espíritu Santo, es decir, si el Espíritu Santo no nos plasma interiormente y si nosotros no recurrimos a Él de manera habitual, en la práctica puede ocurrir que caminemos al paso de Jesucristo, pero no

con su corazón. El Espíritu nos hace conformes en lo íntimo al Evangelio de Jesucristo y nos hace capaces de anunciarlo al exterior, a los demás, con la vida. El viento del Señor, el Espíritu Santo, pasa sobre nosotros y debe imprimir a nuestros actos cierto dinamismo que les es propio, un estímulo al que nuestra voluntad no permanece extraña, sino que la trasciende. Dios nos dará el Espíritu Santo en la medida en que acojamos la Palabra allí donde la oigamos.

¿No estará en esta cierta incapacidad nuestra para recibir el Espíritu, que nos hace recordar las palabras de Jesús, la explicación de esa tremenda dificultad que encontramos para hacer nuevos cristianos, para transmitir la fe a las nuevas generaciones?

Pentecostés

Pentecostés es la fiesta de la alegría de ser cristianos, el día del fuego, el domingo en el que nos sentimos los creyentes orgullosos de tener el Dios que tenemos, porque ese Dios nos calienta el corazón y el alma. La Iglesia, en efecto, sin Espíritu Santo es un cuerpo sin alma, una institución sin vida, una comunidad desmenuzada. ¡Cuántas veces siente uno que nos sobra, tanto a los cristianos individualmente considerados como a las diferentes comunidades, desánimo, y nos falta fuerza, entusiasmo, deseo de tirar para adelante, de trabajar juntos en proyectos ilusionantes!

Uno tiene que preguntarse por qué muchos creyentes –que tenemos la suerte de creer en Dios– no parecemos vivir apasionadamente nuestra fe, no sentimos el gozo y el entusiasmo de creer, por qué hemos logrado compaginar la fe con el aburrimiento y con la siesta, en una especie de extrañísima “anemia espiritual”. Uno también observa las caras de mucha gente en la Misa y no puede menos de preguntarse: ¿Todas estas personas creen de veras que Cristo se está haciendo presente en medio de ellas?

¿No será que nos falta el Espíritu Santo? Sí, nos limitamos a creer en Él porque nos han dicho que hay que creerlo, pero sabemos poco de Él, y realmente muy poco supone en nuestras vidas. Me gustaría transmitirles

algo de ese fuego, algo de ese gozo que es el Espíritu Santo. Algo de lo que sintieron los Apóstoles cuando Él descendió sobre sus cabezas y ellos salieron entusiasmados a anunciar la alegría de creer.

Pentecostés es la fiesta del fuego: los discípulos estaban aquel día, antes de que bajase el Espíritu, tan tristes y aburridos como nosotros estamos en tantas ocasiones. Creían, sí, pero creían entre vacilaciones. Les faltaba el coraje para anunciar su nombre: les atenazaba el miedo. Descendió entonces sobre ellos el Espíritu Santo en forma de fuego. Y ardieron. Y salieron todos a predicar, dispuestos a dar sus vidas por aquella fe que creían.

¿Y nosotros? También hemos recibido al Espíritu en nuestro Bautismo y Confirmación. No se nos dio a nosotros menos fuego, menos Espíritu, que a los Apóstoles en el día de Pentecostés, pues “Dios no da el Espíritu con tacañería”.

¿Qué hemos hecho entonces de nuestro Espíritu? Sí, hermanos: es hora de que le digamos al mundo que nos sentimos felices y orgullosos de ser cristianos. Que nos avergüenza serlo tan mediocrementemente. Pero que sabemos que la fuerza de Dios es aún más grande que nuestra mediocridad. Y que, a pesar de nuestras cosas, la Iglesia es magnífica, porque todos nuestros pecados manchan tan poco a la Iglesia como las manchas al sol. Y que, a pesar de todo, Cristo está en medio de nosotros como el sol, brillante, luminoso, feliz. Ser cristiano, sí, es vivir siempre en primavera.

Las monjas contemplativas

Hoy la Iglesia celebra la liturgia entera para la gloria y honor de la Santísima Trinidad. Más importante que saber cómo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios y Trinidad de personas es vivir en comunión con el Padre como hijos, con el Espíritu como aquéllos que nos dejamos guiar por Él.

Vivir la comunión en la Iglesia es también intentar conocer más las distintas vocaciones y carismas que en ella se dan. Y hay que reconocer

que de las monjas de vida contemplativa tenemos un conocimiento bastante superficial y externo. ¿Qué quiere la gente conocer de las monjas de clausura? A menudo escucha uno ciertos despropósitos, que se ponen de moda. Uno de ellos es éste: Los salmantinos deberían conocer los monasterios por dentro. ¿No sería posible entrar en ellos con motivo del 2002? Sería una buena ocasión.

Respetemos la clausura de las monjas. La clausura es un modo de particular de estar con el Señor, de compartir “*el anonadamiento de Cristo mediante una pobreza radical que se manifiesta en la renuncia no sólo de las cosas, sino también del espacio, de los contactos exteriores, de tantos bienes de la creación*” (Vida Consagrada, 59), uniéndoles al silencio fecundo del Verbo en la cruz. Se comprende entonces retirarse del mundo para dedicarse en la soledad a una vida más intensa de oración no es otra cosa que una manera particular de vivir y expresar el Misterio Pascual de Cristo, y por ello, un verdadero encuentro con el Señor Resucitado a favor de todo el Pueblo de Dios.

¿Por qué esa manía de querer entrar en el espacio interior de los monasterios sin pedirles opinión a las monjas, que tienen toda la libertad del mundo para vivir voluntariamente de este modo, porque ellas lo han escogido así? Las normas sobre la clausura papal o constitucional son muy claras y no dependen de acontecimientos o curiosidades externas. Por otro lado, todo lo que de artístico puede verse en los monasterios se puede contemplar, y sus iglesias están todas abiertas al culto.

Y las obras de arte menores que tengan las Hermanas en sus casas, así como otros espacios necesarios para la soledad de su vocación, ¿quiénes somos nosotros para exigirles que sean abiertos para que los visite el gran público? ¿Acaso exigimos eso cuando se trata de casas particulares que tienen en Salamanca obras de arte mucho más valiosas? Como cristianos deberíamos estar más preocupados porque nuestros monasterios sigan siendo escuelas de oración, donde también nosotros podemos orar con ellas al Señor y lugares donde se da una entrega total a Cristo.

Y para que esto sea posible, los monasterios deben tener vocaciones, algo que no se conseguirá si no existe vida cristiana en nuestros hijos, sobre todo en las jóvenes, y si no conocen, aunque sea en algunos detalles, las características de la vida monástica, la vocación contemplativa. Abrir

las clausuras de los monasterios a la curiosidad de los salmantinos y turistas es el camino más directo para que éstos desaparezcan. Pero esa clausura va a seguir también en el año de la capitalidad europea de la cultura en nuestra ciudad.

La Caridad de Cristo

La palabra exclusión es un vocablo que muchísimos detestan; no es políticamente correcto. En el nivel mundial, por ejemplo, el que muchos países o pueblos estén excluidos del desarrollo, de lo mínimo para poder subsistir, está muy mal visto **teóricamente** y se llenan muchas páginas en diarios y otros medios delatando esta perversidad. También en España, si personas, grupos, provincias, comunidades autónomas se sienten excluidos en cualquier aspecto, protestamos ante una realidad que consideramos humillante y dolorosa.

Pues bien: sabemos que la peor exclusión es el sufrimiento de los que la sufren, sobre todo si es injustamente, y casi siempre lo es. Hasta aquí *todos estamos de acuerdo*: vivimos en un mundo demasiado lleno de violencia e injusticias, de miserias y de marginaciones. Las víctimas del terrorismo ETARRA lo saben bien y lo experimentan en su propia carne. También estamos dispuestos a aceptar que siempre será nuestro mundo un universo enfermo si, como decía Pablo VI, *“falta fraternidad entre los hombres y entre los pueblos”*.

Pero me temo que nuestro análisis, con frecuencia, se detiene ahí. Sólo algunos siguen más adelante y pasan a la acción: a ese plus invito a los católicos de Salamanca en la fiesta del Cuerpo y sangre de Cristo, marco adecuado para vivir la caridad cristiana efectiva. **Cáritas** está ahí, día y noche, creando cauces de comunicación cristiana de bienes. Y está de modo incansable, con sus programas y acciones. También debe este organismo diocesano incentivar otras iniciativas en otros grupos cristianos, porque la caridad no puede esperar.

Y es que “obras son amores”. Nuestra sociedad sabe mucho de denunciar o de enunciar los males de nuestro mundo, pero ¿quiere de veras eliminar la actitud de fondo, pétrea y encarnizada, del ser humano insolidario, cuando tantas veces instiga ella misma esa actitud un poco por todas partes?

Sería curioso analizar porqué nuestra sociedad hostiga, aunque no todos, los brotes de agresividad más vistosos: terrorismo, criminalidad, xenofobia, acoso sexual, intemperancia y malos tratos domésticos por parte sobre todo del varón... y alienta hasta lo indecible el salvajismo constitutivo de nuestra moderna civilización occidental: *la voluntad de poder o voluntad de dominio (o de éxito, o de prestigio, o de dinero, o de placer...)*, individuales y colectivas, casi cósmicas, a las que ya apelara Nietzsche. Algo de esto he leído no hace mucho a un catedrático de Metafísica.

Ante el amor verdadero de nuestro Señor Jesucristo, que pone de relieve la fiesta del Hábeas, me gustaría señalar un problema que está ya desbordándonos y que Cáritas y otras asociaciones están atendiendo con presteza: la situación de tantas personas no españolas que llegan como inmigrantes hasta nosotros y necesitan de nuestra caridad, que es como se llama la solidaridad entre los cristianos. Son rostros concretos de hermanos nuestros de Latinoamérica, de África o de otros lugares. Con ellos tampoco la caridad puede esperar.

Ahí está Cáritas, que tiene como cometido coordinar y canalizar de modo organizado cuanto la comunidad cristiana ha de hacer a favor de los más desfavorecidos. Y no se trata únicamente de dinero. Necesitamos algo más: luchar contra esa actitud de fondo y poner nuestras personas a vivir la caridad de Cristo, que nos urge. ¡Se puede hacer tanto!

Lo cristiano y lo pagano

La fiesta del nacimiento de Juan el Bautista coincide, más o menos, con el solsticio de verano. Muchas tradiciones y ritos religiosos anteriores al cristianismo se dan cita en este día para celebrar el gozo de la luz y la

fuerza exuberante de la vida, de manera que se organizan también hoy ritos alrededor de estas realidades naturales; ritos a los que hay que volver, porque son, al parecer, “originales”.

La fe cristiana, ya desde el siglo IV, había sustituido esas celebraciones paganas con el recuerdo de aquél que anunciaba a la Luz verdadera y ofrecería su vida en absoluta fidelidad al que es la Fuente de la Vida. Una vez más -nos dicen- la oportunista Iglesia ha aprovechado un marco pagano de fiesta para cambiar artificialmente su sentido. Es preciso desenmascarar este oportunismo -prosiguen- y volver al feliz sentido de la fiesta pagana de este solsticio.

Hagan lo que quieran los que van en busca de un paganismo imposible e inmisericorde y, según sus partidarios, exento de retruécanos cristianos. A mí, el paganismo, que hoy se nos propone, no me produce sino desesperanza y fatalismo, del que nos libró Jesucristo. Estamos tan confusos que nos llegamos a creer que volviendo a una religión supuestamente natural llegaremos a ser felices. No es posible: basta con comprobarlo cuando llegan los verdaderos problemas humanos no resueltos por un paganismo que no puede dar esperanza.

Pero, además, no hay nada de oportunismo en la Iglesia cuando acepta el marco precristiano de alguna de sus fiestas, para llenarlo de una nueva realidad más humana y más salvífica. Cristo se encarnó y asumió todo lo humano, menos el pecado: todo lo humano le pertenece y Él, el Verbo, creó todas las cosas. ¿Cómo va a ser un despropósito asumir la luz y la exuberancia de la vida, si con Cristo llegó la plenitud? ¿Quién puede hacerlo con más autoridad que Él?

Así pues, éste es el día en que la Iglesia celebra el nacimiento del Precursor como algo sagrado, y él es el único de los santos, cuyo nacimiento se festeja, junto a su muerte. La razón está en que con Juan resurge la profecía, que desde hacía siglos estaba extinguida. Él lleva así a Israel a la antigua situación de frontera previa a la entrada en la tierra prometida, lo conduce al desierto, y anima a todos los deseosos de conversión a que sumerjan en el agua del Jordán, como en tiempos de Josué. Por eso, sólo un nuevo comienzo radical puede salvar al nuevo Pueblo de Dios.

Es también evocador que nace Juan Bautista “*para reconciliar a los padres con sus hijos, para inculcar a los rebeldes la sabiduría de los jus-*

tos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lc 1,17). Juan Bautista no es la luz, pero sí el planeta que gira ya en torno a un sol que nace de lo alto y que aún no se ha hecho ver en el firmamento. Es el que comienza de una gran esperanza. Pero, ¿estamos hoy, como Pueblo que ya ha recibido a Cristo, bien dispuestos para dar razón de nuestra fe también a un nuevo paganismo emergente?

Algo de amor a la Iglesia

Primer domingo de julio, inicio del verano y final de un curso pastoral en las actividades normales de parroquias, grupos y asociaciones eclesiales. Quiero dar las gracias personalmente, como Obispo de esta Iglesia, a cuantos habéis trabajado en la Viña del Señor, demostrando amor a Cristo y a su Iglesia. ¡Cómo podrían haber sobrevivido nuestras parroquias y las demás comunidades sin el esfuerzo voluntario de tantos cristianos en la catequesis y la educación en la fe, en los distintos ámbitos pastorales de niños, jóvenes y mayores, de familias! ¡Cómo no ver lo hermosa que ha sido vuestra cooperación en la pastoral social, de la salud, en la pastoral litúrgica y en tantos momentos de la vida de la Iglesia!

Me gustaría agradecer también su esfuerzo a sacerdotes, religiosos y a los miembros de institutos seculares y otros consagrados. Para mis hermanos sacerdotes quisiera que gozaran de alegría esperanzada en su acción apostólica en este cambio de época, donde tantas cosas son tan difíciles por ser nuevas y porque caminamos con frecuencia por caminos desconocidos del ambiente cultural de nuestra sociedad. No debemos estar, sin embargo, desesperanzados: “las cosas nuevas”, de las que hablaba yo en la última Carta pastoral, no están inexorablemente cerradas a la acción del Espíritu Santo y dependen, por ello, también de nosotros.

Hemos de amar profundamente a la Iglesia, en la que se hace real el Reino de Dios. Sentirnos cómodos en ella y apreciar lo que tenemos, pues el camino es Cristo y Él no nos deja. Contamos con una Iglesia no sometida a los poderes de este mundo; en ella se puede trabajar. Contamos tam-

bién con la humanidad del Papa Juan Pablo II, por el que tenemos que dar gracias a Dios y orar por él. Cada día nos muestra su dedicación a la tarea apostólica, y ha sido capaz de darnos esa fresca carta apostólica **Al comienzo del nuevo milenio**, que es un escrito sereno, nada triunfalista, pero sí esperanzado.

Como humano que es, el Papa es débil, pero en él vive hoy Pedro y nos alienta. No es verdad que utilice su báculo pastoral para golpear a las ovejas y no a los lobos, como alguien con resentimiento ha declarado no hace muchos días. Es una tentación presentarle como pastor nefasto, poco sensible a las realidades de este mundo. Todo lo contrario, él nos indica en su ministerio de pastor universal dónde radican los problemas y nos exhorta a buscar la felicidad en la aceptación de la revelación de Dios y de su plan creador y redentor. Su concepción del ser humano tiene su origen en las aguas frescas de la Sagrada Escritura y en la sana tradición eclesial. Por eso os pido que oréis por él a la vez que damos gracias al Señor por su persona y por su servicio a favor de la Iglesia universal.

Los católicos veneramos la figura del Papa Juan Pablo y aceptamos su magisterio, no porque nos guste más o menos lo que él dice, sino porque sólo estando con él en todo lo fundamental estamos en comunión con la Iglesia, ya que Cristo *“puso al frente de los demás apóstoles al bienaventurado Pedro e instituyó en la persona del mismo el principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y de comunión”* (LG 18).

HOMILÍAS

San Juan de Ávila 2001

No hace muchos días, en la celebración de la Misa Crismal, utilizaba yo las palabras del Papa para daros las gracias a vosotros, queridos hermanos sacerdotes, por vuestras personas, por el ejercicio del ministerio, por vuestra entrega en él a la causa del Reino de los cielos. Hoy de nuevo, y con el mismo gozo, agradezco de corazón a quienes en este año 2001 celebráis los 50 ó 25 años de vuestra ordenación sacerdotal. Lo hago en esta memoria de san Juan de Ávila, insigne sacerdote santo y maestro de sacerdotes.

Hay además en esta celebración una dicha añadida: la institución de acólitos de 4 de nuestros seminaristas. Un saludo a vosotros y a vuestras familias. Un saludo igualmente a cuantos nos acompañáis en esta celebración diocesana.

Necesariamente tengo que hablar del sacerdocio. Lo haré brevemente, como queriendo unir mis palabras a tantas y tan buenas que en estos tres últimos días han hablado del sacerdote en las dos mesas redondas y en la estupenda intervención del profesor González de Cardedal. Han sido un gozo y una buena culminación de la Campaña del Día del Seminario 2001. Os felicito y os animo a seguir hablando de la necesidad del sacerdocio ministerial y de ministros ordenados a nuestro pueblo.

¿Qué pienso yo del sacerdote? ¿Qué puedo decir que salga del corazón? No he de repetir aquí cuanto se puede decir acerca de cómo comprende la Iglesia su sacerdocio. No. Únicamente insistiré en algo me parece significativo: No puedo hablar del sacerdote, ni de mí como sacerdote, ni de vosotros, presbíteros seculares o religiosos, ni del sacerdocio común de todos los fieles, sin referirme a Cristo vivo, Resucitado. *“Jesús, como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa. De ahí que puede salvar definitivamente a los que por medio de Él se acercan a Dios, porque vive siempre para interceder en su favor”* (Heb 7,24-25).

Ésta es una clave para entender que nosotros seamos sacerdotes en el único sacerdote.

Pero hay otra clave que también me parece importante: no somos sacerdotes ninguno de nosotros, seamos ministros ordenados o fieles cristianos no ordenados, sin referencia al Pueblo de Dios que somos la Iglesia, sin estar necesariamente en este Pueblo y dentro de este Pueblo. Lejos de mí afirmar que no hay distinción entre sacerdocio ministerial y sacerdocio común. Lo que digo es que esa distinción no nos separa a unos de los otros, sino que nos hace más hermanos y más miembros del Cuerpo de Cristo. Que nuestra *representatio Christi capitis* no hace de los sacerdotes una casta, sino hermanos que, por gracia de Dios, Jesucristo, único Mediador, actúa en su Iglesia y para los hombres y mujeres de este mundo con su salvación.

“Siendo Él la cabeza de la Iglesia y siendo la Iglesia el cuerpo de Cristo, el Cristo total se compone de cabeza y cuerpo. Él ya ha resucitado. Por tanto, tenemos la cabeza en el cielo. Nuestra cabeza intercede por nosotros. Nuestra cabeza, libre ya del pecado y de la muerte, nos hace propicio a Dios por nuestros pecados, de modo que, resucitando finalmente también nosotros y transformados en la gloria celeste, sigamos a nuestra cabeza. Pues donde está la cabeza, allí debe estar el resto de los miembros...; no desesperemos: seguiremos a nuestra cabeza” (San Agustín, *Sermón 137*).

Pero nosotros, los sacerdotes, no somos, ni podemos serlo, aunque quisiéramos, un obstáculo opaco para las relaciones y el encuentro de los hombres con Cristo, hacia el Padre por Espíritu Santo. Nuestro sacerdocio no es como el sacerdocio levítico o de simple mediación religiosa y cultural. Él ejerce su único sacerdocio a través de nosotros y hace lo que volvió locos a los que conocieron a Cristo de verdad: conocer su amor y la fuerza de su resurrección, que da la paz del corazón, la felicidad y la fraternidad universal. Él, Cristo, es el que actúa.

Quitemos toda sombra de oposición entre los que forman el Pueblo de Dios. Quitemos todos el miedo: el amor de Cristo salva. El fragmento conclusivo del lavatorio de los pies vuelve sobre el tema del amor de Jesús hecho humilde servicio, que recibimos en la Eucaristía. Existe un misterio por comprender que va más allá del hecho concreto de lavar los pies, y que

la comunidad cristiana debe acoger y revivir: practicar la Palabra de Jesús y vivir la bienaventuranza del servicio hecho amor recíproco. Eso no pasa y lo acepta también nuestra sociedad secularizada y herida en su ser.

El Señor subraya, en la intimidad de la última Cena, que la vida cristiana no es sólo comprender, sino también “practicar”; no sólo conocer, sino “hacer” siguiendo su ejemplo: “*Haced esto en memoria mía*”. Al arrojarse ante sus discípulos para lavarles los pies, Jesús se entrega a ellos y realiza el gesto de su muerte en la cruz. Pero al humillarse ante ellos, les invita a entrar en la plenitud de su amor y a entregarse recíprocamente.

Esto es lo que hay que hacer: esto no falla. El Padre envía al Hijo, el Hijo envía a sus discípulos; y así como el Hijo repite el comportamiento del Padre, también los fieles de Jesús deben repetir el comportamiento del Hijo. Ahora bien, todos nosotros, sus discípulos, sacerdotes y no sacerdotes, sabemos muy bien que Jesús se ha comportado como un siervo que, reconociendo en cada hombre a su propio señor, se dedica a él, incluso en el más humilde de los servicios, según el significado simbólico del lavatorio de los pies.

Dediquémonos a realizar este servicio de Jesús y a dejarnos de discusiones y oposiciones en el Pueblo de Dios. De cara a alejados y no creyentes la ley del servicio es la que vale. Lo que no vale es que, como esta ley es dura, pronto la removamos y la sustituyamos, suavizándola o manipulándola.

Todos debemos tener una obsesión: que Cristo sea conocido y sea recibido por todos. Esta tarea es de todos, evidentemente. Y siempre habrá quien se quiera afectar más, en expresión de san Ignacio. Ahí debemos todos aspirar, seamos más jóvenes o con más edad, sacerdotes o no, celebremos hoy las bodas de oro o de plata, recibáis o no hoy este ministerio del acolitado.

Sin duda el aspecto más misterioso y a la vez más concreto del amor de Jesucristo experimentado es la celebración de la Eucaristía. Por ahí vivía san Juan de Ávila, que dijo a un sacerdote –podía haberlo dicho también a cualquier fiel laico o a cualquier religioso o consagrado– que celebran con mucha prisa y poca reverencia: “Tráteme bien, que es hijo de buen

Padre”. Y que quiso que en su habitación se celebrara “misa de resurrección” a punto ya de morir.

Aprended de él, queridos hijos que vais a ser instituidos de acólitos, en el recorrido de preparación al sacerdocio ministerial, con toda la carga pedagógica que este ministerio tiene hoy para vosotros. No olvidéis nunca la dimensión eucarística de toda vida cristiana, de toda vida sacerdotal. Y vosotros, queridos sacerdotes, pedid el amor sacerdotal que vivió con tanta fuerza el Maestro Ávila. Teresa de Jesús derramó por la muerte de este santo copiosas lágrimas y, cuando le preguntaron cuál era la causa de su llanto y por qué se afligía de ese modo por un hombre que se iba a gozar de Dios, respondió la Santa: “Lo que me da pena es que se pierda la Iglesia de Dios una gran columna y muchísimas almas un grande amparo, que tenían en él, que la mía, aun con estar lejos, le tenía por esta causa obligación”. Otra vez muestra nuestra Patrona su intuición y conocimiento de las cosas.

Le tenía obligación la Santa. Como tantísimos cristianos eminentes de su tiempo: Ignacio de Loyola, Pedro de Alcántara, Francisco de Borja; Francisco Solano, Juan de Ribera, Tomás de Villanueva, Juan de Dios, Luis de Granada... Sintámonos nosotros entre ellos e imitemos su vida y su amor, al imitar a Cristo sacerdote. Que así sea.

Diáconos 2001

Saludos, hermanos, y feliz Pascua

La ordenación de estos Diáconos sucede ya en el domingo IV de Pascua, llamado domingo del Buen Pastor. Esto de que Jesús sea el Buen Pastor, hace de nosotros sus ovejas y que juntos seamos un rebaño. Lo cual nos molesta un poco en épocas tan democráticas, que no necesitan de guías o conductores. Pero que Jesús sea Buen Pastor puede verse también desde otra perspectiva: Jesús, como buen pastor, **conoce a sus ovejas**, subrayando lo de conocer.

Los presos de los campos nazis de exterminios, para sus guardianes, no tenían nombre; bastaba que llevaran un número. Esta mínima e impersonal forma de identificación era un ataque contra la identidad de las víctimas, un intento de anularlas, un método expeditivo de volverlas borrosas; era una más de sus prácticas destructivas de la personalidad.

Los judíos y los cristianos de estos campos de exterminio podían recordar allí las palabras de la Escritura: “El Señor cuenta el número de las estrellas, a cada una las llama por su nombre”. Y quizá recitaban: “*Tú me sondeas y me conoces, me conoces cuando me siento y me levanto... Mira si mi camino se desvía. Guíame por el camino eterno*” (Sal 139). Y los presos cristianos evocarían al Buen Pastor que cuenta el número de las ovejas y a cada una la llama por su nombre.

Este Buen Guardián nos ha revelado que para Él no somos seres anónimos. A cada uno nos llama por nuestro nombre. Cada uno de nosotros tiene una vocación/llamada del que es la Palabra, el Verbo de Dios. Cada uno de nosotros, cuando se le pregunte si tiene alguna relación con Jesús, puede muy bien decir: “Soy un conocido suyo”.

Ante su mirada no aparecemos como una nebulosa remotísima, un rebaño confuso que se divisa en la polvorienta lejanía, un pelotón de gente sin perfil, pura multitud. No; somos su comunidad, en la que tiene cada uno su nombre, su puesto, su misión y su destino. Él está al corriente de nuestra historia personal. No quiere que se pierda ni uno solo de los que el Padre le dio. Ni siquiera el más pequeño es para Él eso que los matemáticos llaman una “cantidad despreciable”.

La ordenación de este diácono sucede en el domingo de la Ascensión, una fiesta muy significativa para la comunidad cristiana, que muestra un aspecto importante de los cincuenta días de la Pascua. San Lucas nos ha presentado todo el ministerio de Jesús como una ascensión (desde Galilea a Jerusalén, y desde Jerusalén al cielo, no el astronómico) y como un éxodo, que ahora llega a su cumplimiento definitivo: en la ascensión se realiza plenamente el “paso” (= pascua) al Padre.

Como anuncian los hombres “con vestidos blancos”, Cristo vendrá un día, glorioso, sobre las nubes. No será ya necesario entonces escrutar con ansiedad los signos de los tiempos, puesto que se tratará de un acontecimiento tan manifiesto como su partida. Tendrá lugar en el tiempo elegi-

do por el Padre para el último éxodo, el paso de la historia a la eternidad, la Pascua donde el orden creado a Dios, la ascensión de la humanidad al abrazo trinitario de Dios.

Pero la fiesta de la Ascensión nos dice que con la subida de Cristo a los cielos esta ascensión de la humanidad a Dios ya ha comenzado en la glorificación de la humanidad de Cristo resucitado. Lo dice a su modo la carta a los Hebreos que hemos escuchado en la segunda lectura. En virtud de la sangre de Jesús, quien crea puede confiar en que entrará en el santuario del cielo, en la comunión plena con el Dios santo, puesto que Cristo ha abierto el camino “a través del velo de su carne”.

Para acceder al cielo, al mundo de Dios no hacen falta, por consiguiente, medios particulares (ritos complejos, prácticas ascéticas extenuantes): basta con seguir a Cristo, que ha dicho de sí mismo: “Yo soy el camino”. El Señor, fiel a sus promesas, no abandona al hombre; gracias a Él está llamado el hombre a acercarse al Padre en este mundo con fe plena y sincera, con el corazón purificado, con una vida que es recuerdo constante del lavado bautismal y de sus exigencias.

El relato de la ascensión de Jesús en Lucas tiene muchos rasgos en común con el que se nos presenta en los Hechos; con todo, los matices y acentos diferentes son significativos. El acontecimiento aparece narrado inmediatamente a continuación de la aparición del resucitado a los once en el Cenáculo, significando de este modo que se trata de un único misterio: la victoria de Cristo sobre la muerte coincide con su exaltación a la gloria por obra del Padre, que lo lleva al cielo.

Sobre el monte de los Olivos, y con un gesto sacerdotal de bendición, se separa de los suyos. Elevado al cielo, entra para siempre en el santuario celestial. Los discípulos, postrados ante Él en actitud de adoración, reconocen su divinidad; a renglón seguido, cumpliendo el mandamiento de Jesús, se vuelven llenos de alegría a Jerusalén, donde frecuentan asiduamente el templo, alabando a Dios. El tiempo de Cristo acaba con la espera del Espíritu, cuya venida abre el tiempo de la Iglesia, preparado en medio de la oración y de la alabanza, repleto de la alegría del Resucitado.

La solemnidad de la Ascensión nos hace, pues, vivir uno de los muchos aspectos paradójicos de la vida cristiana, que la hacen tan adecua-

da a las exigencias más profundas del corazón humano. Un corazón desgarrado entre su estar en la tierra y, al mismo tiempo, tener su casa ya en los cielos. ¡Cuántas veces perdemos los cristianos esta tensión! Jesús predijo la tristeza de sus discípulos por su marcha; pero a la vez Lucas describe a los apóstoles, que vuelven a Jerusalén tras haber visto a desaparecer a Jesús de su mirada, “rebotantes de alegría”.

Esto no es una contradicción. Los cristianos tenemos dos grados de alegría. Jesús ha dicho: “*Sabed que yo estoy con vosotros todos los días*”, pero también nosotros podemos decir que, en cierto sentido, estamos siempre con Él allí donde Él ha “subido” con nuestra humanidad a la derecha del Padre, porque el bautismo nos ha incorporado profundamente a Él. Nuestra alegría será, en consecuencia, proporcional a la fe con que vivamos, a la certeza con que creamos que ahora, después que Jesús ha cumplido su misterio pascual, ya nada es para el hombre como antes. Dios está con nosotros (El Enmanuel) y nosotros estamos con Él, siempre.

Este es el Señor de la historia: Cristo resucitado, que vive para siempre en la gloria. Pero no le hemos perdido: todo lo que era visible en Él ha pasado a los sacramentos de su Iglesia. Tiene una forma mejor de presencia, de modo que nos conoce y nos llama a su Iglesia, donde nos encontramos con Él. Esta Iglesia se presenta primero como Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo. Todo lo que se dice sobre la Iglesia y sus propiedades esenciales (que es una, santa, católica y apostólica) vale para todos y cada uno de los miembros de la Iglesia, es común para sacerdotes y laicos. Dice el Catecismo (CEC 872): “*Por su regeneración en Cristo, se da entre todos los fieles una verdadera igualdad en cuanto a la dignidad y acción*”.

Y, sin embargo, en la única Iglesia existen diversas vocaciones y tareas, estados de vida y servicios. Hay que distinguir sobre todo entre laicos, vida consagrada (en la que destaca la vida religiosa) y jerarquía: Obispos, presbíteros y diáconos. No basta, pues, con explicar estas diferencias de manera simplemente “funcional”, es decir, porque toda sociedad tiene sus órganos, también la Iglesia tiene que tener sus órganos jerárquicos. No es así en la Iglesia. Todos los servicios y ministerios en la Iglesia tienen que contemplarse en referencia a Cristo, la Cabeza de la Iglesia.

Todos los fieles, pues, participan por el Bautismo y la Confirmación en la misión de Jesús, en su sacerdocio. Toda la vida cristiana debe ser

“servicio sacerdotal”, desarrollo de la gracia del Bautismo en todos los ámbitos de la vida. Pero Cristo, para posibilitar que su Pueblo realice este servicio sacerdotal, instituyó servicios y ministerios propios: los del Obispo, el presbítero y el diácono.

Pero la pregunta es: ¿Por qué se necesitan estos ministerios eclesiales? Por varias razones. La decisiva es ésta: *“Nadie puede darse a sí mismo la gracia; ella debe ser dada y ofrecida. La salvación es de Cristo y sólo Él puede hoy ofrecerla y darla en la Iglesia, no se autoabastecen a sí mismos los miembros del Pueblo de Dios. Eso supone ministros de la gracia, autorizados y habilitados por parte de Cristo... para actuar in persona Christi capitis”* (CEC 875). Así que el ministerio jerárquico forma parte de la Iglesia. No es ni su esencia ni su fin, pero es uno de los medios instituidos por el propio Cristo para que la Iglesia pueda alcanzar su meta: ser Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo. Pero estamos en una ordenación de diácono. Este hermano nuestro ha sido presentado al Obispo para que se configure, pues, con Cristo siervo por medio de la gracia del Espíritu Santo, y pueda realizar este ministerio.

¿Qué es un diácono? ¿Qué significa su ministerio? ¿Para qué fin es éste hoy ordenado? Algunos piensan que este ministerio no es del todo necesario, puesto que, con un permiso especial, los fieles laicos también pueden hacer prácticamente todo lo que hace el diácono. Ya salió nuestra vena práctica, basada en el hacer. Este es un punto de vista demasiado superficial. Debemos definir antes el sentido de la ordenación no sólo a partir del hacer, de la función asignada, sino primero a partir del “ser”.

El sacramento del orden significa siempre una *“configuración con Cristo”* (CEC 1581. 1585) especial. El ordenado llega a ser un “instrumento vivo” de Cristo. *“A fin de cuentas es Cristo quien actúa y obra la salvación a través del ministro ordenado”* (CEC 1584). El sacramento del Orden tiene el efecto de un servicio de Cristo permanente. El ministro ordenado es más que un funcionario. Por la ordenación es hecho capaz, por su persona y por su función, de re-presentar, de hacer presente al mismo Cristo. He aquí por qué tenemos necesidad del sacramento del orden: para que Cristo, en tanto que Pastor y Cabeza de su Iglesia, actúe y se haga presente a través del ministerio de sus enviados.

Pero, ¿cómo se distingue entonces la ordenación del diácono de los otros dos grados de ordenación: la del Obispo y la del presbítero? Dice el Concilio que al diácono le son impuestas las manos “no para ejercer el sacerdocio, sino para realizar un servicio” (LG 29). El diácono no es un “sacerdote incompleto”, que se encuentra sobre un nivel provisional, como si la ordenación fuera un recorrer un escalafón. ¿Cómo se explicaría así la existencia del diaconado permanente?

El diácono representa a Cristo no en tanto que Sumo Sacerdote, y por ello no ofrece el sacrificio de la Misa, sino en tanto que Aquel que “no ha venido para ser servido sino a servir” (Mc 10,45). Por su ordenación, los sacerdotes y los diáconos son unidos al Obispo, cada cual a su manera propia: los unos en el presbiterio que es una comunidad de sacerdotes, en tanto que colaboradores del Obispo; los otros, los diáconos, en tanto que asistentes del Obispo en las múltiples formas de la diaconía: el servicio de los pobres, de la Palabra, del altar. En la comunidad de los fieles, ellos están al lado de los sacerdotes que son los colaboradores del Obispo, y subordinados a ellos.

Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote

Conocemos, hermanos, las fiestas que el calendario litúrgico del rito romano celebra del Señor Jesús con grado de solemnidad: Corpus, Corazón de Cristo, Cristo Rey del Universo. El calendario de la Iglesia en España aporta una fiesta propia: Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote en este jueves después de Pentecostés. Aquí venimos desde hace unos cuantos años sacerdotes y fieles, invitados por las Hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote, a celebrar esta fiesta, dando gracias al Padre por el don del sacerdocio de Cristo, convirtiéndose en un día dedicado a la santificación de los sacerdotes.

También a nosotros, hermanos sacerdotes, nos ha recordado el Papa que el camino pastoral es el de la *santidad*. Ésta no es una especie de toque espiritual a la eclesiología, sino el sentido profundo de pertenecer a Aquél

que por excelencia es el Santo. Es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos, afecta a todos los miembros del Pueblo de Dios, de modo que también para nosotros, hermanos sacerdotes, sería un contradictorio contentarse con una vida mediocre.

Seguimos a uno del que se afirma en la carta a los Hebreos que es sumo sacerdote de un modo distinto a como lo eran los sacerdotes de la primera alianza, pues su culto es auténtico al consistir en la oblación de su persona. Esa entrega oblativa santifica a la Iglesia (cf. Jn 17,19s), que por esa oblación puede ofrecer al Padre en el Espíritu el sacrificio espiritual del que hablan textos como 1 P2, 5-9; Apo 1,6; 5,10; 20,6.

Cristo Jesús, siervo obediente, que por su misterio pascual ha entrado en el cielo, lo ha hecho como sumo sacerdote para siempre, no a la manera del sacerdocio levítico de Aarón, sino de Melquisedec (cf. Heb 4,14-5,10; 6,20). A partir de la Encarnación en María, el sacerdocio antiguo con su complejo sistema de sacrificios y holocaustos ha pasado. Y la razón está en que, al asumir el Verbo un cuerpo, se ha convertido en sacerdote y víctima de manera perfecta, lo que le constituye en Mediador de la nueva alianza, realizando la comunión entre Dios y los hombres.

Hoy es en la Liturgia de la Iglesia donde Cristo significa y realiza principalmente su misterio pascual. Durante su vida terrestre Jesús anunciaba con su enseñanza y anticipaba con sus actos el misterio pascual. Cuando llegó su hora, vivió el único acontecimiento de la historia que no pasa: Jesús muere, es sepultado, resucita de entre los muertos y se sienta a la derecha del Padre “una vez por todas” (Rm 6,10; Heb 7,27; 9,12). Es un acontecimiento real, sucedido en nuestra historia, pero absolutamente singular: todos los demás acontecimientos suceden una vez, y luego pasan y son absorbidos por el pasado. El misterio pascual de Cristo, por el contrario, no puede permanecer solamente en el pasado, pues por su muerte destruyó a la muerte, y todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente. El acontecimiento de la Cruz y de la Resurrección, como dice el CEC 1085, permanece y atrae todo hacia la vida.

“Por esta razón, como Cristo fue enviado por el Padre, Él mismo envió también a los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, no sólo para que,

al predicar el Evangelio a toda criatura, anunciaran que el Hijo del Dios, con su muerte y resurrección, nos ha liberado del poder de Satanás y de la muerte y nos ha conducido al reino del Padre, sino también *para que realizaran la obra de salvación que anunciaban mediante el sacrificio y los sacramentos en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica*" (SC 6).

Así, Cristo resucitado, dando el Espíritu Santo a los Apóstoles, les confía su poder de santificación; se convierten en signos sacramentales de Cristo. Por la fuerza del mismo Espíritu Santo confían este poder a sus sucesores. Esta "sucesión apostólica" estructura toda la vida litúrgica de la Iglesia. Ella misma es sacramental, transmitida por el sacramento del Orden o, si queréis expresarlo de otro modo, Cristo la transmite por medio del sacerdocio ministerial.

Y aquí es donde radica hoy el problema: yo participo como sucesor de los Apóstoles de ese poder de santificación para esta Iglesia, precisamente por la sucesión apostólica, no por fuerza propia, ya que es Cristo quien en el Espíritu actualiza su misterio pascual, ¿pero a quién se lo voy a transmitir en el futuro, si los hijos de esta Iglesia no quieren ya, sino en un pequeñísimo número, ser sacerdotes? ¿A quién, si los cristianos, las familias apenas les preocupa el tema y siguen pensando que otros serán curas?

Este es no pequeño problema, pero no porque yo no vaya a tener efectivos para reponer a los sacerdotes actuales, cuya edad media es considerablemente alta, sino porque no puede haber Iglesia sin Cristo sacerdote, que ejerza su sacerdocio por medio de hombres de este Pueblo que es la Iglesia. Lo preocupante es que pensemos que seremos nosotros los que nos salvamos y que no necesitamos de Cristo ni del ministerio de los sacerdotes.

Os invito a orar, hermanos, y a sostener al Obispo para que con el equipo de formadores del Seminario y la delegación de Pastoral Vocacional seamos lo suficientemente valientes para realizar todo esfuerzo posible para que en las comunidades parroquiales o no se fomente la vocación cristiana y la vocación al sacerdocio ministerial. Se lo pedimos también con vehemencia a estas Hermanas Oblatas, cuya vida no se entiende sin este sacerdocio de Cristo.

Recordamos también a sus fundadores: don José María García Lahiguera (en septiembre pasado se clausuró el proceso diocesano de canonización) y la madre María del Carmen Hidalgo de Caviedes recientemente fallecida, quienes juntos pidieron a Pío XII la celebración de esta fiesta en 1950. Ya en 1953 aquí en esta casa y, lógicamente en Madrid, se celebró con toda solemnidad la primera fiesta de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote. Mucho amor a Cristo y a su Iglesia mostraron ambos, centrados en este misterio del sacerdocio de Cristo vivido cada día. Dios bendecirá su amor y también nuestro empeño porque no le falten a esta Iglesia los sacerdotes necesarios. Santa María de la Vega interceda por nosotros, hermanos.

Pentecostés

Con frecuencia, los cristianos pensamos de Pentecostés de un modo un tanto romántico: “Yo pensaba que la efusión del Espíritu Santo significaba inundar nuestro corazón de consuelos, sumergirme en los ritmos alfa de la meditación trascendental, unificar mi mundo interior disperso, regalarme con experiencias cumbre, saberme habitado por una paz profunda, tener buenas vibraciones, sentirme infinitamente querido, convertirme en un ser humano perfecto; en resumen: engolfarme en una mística gratificante”. Estas ideas es posible que las hayamos pensado alguna vez muchos de nosotros.

¿Y qué me encuentro? Sí, un saludo de paz de Jesucristo, pero a continuación esas extrañas palabras: “*A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados*”. Así que el Señor entrega el Espíritu a los discípulos para que comuniquen el perdón, para que nazca una Iglesia y nos incorporemos a ella como Pueblo definitivo, para que pongamos al servicio de los demás los dones que hemos recibido, para ser esforzados alguaciles del Evangelio en la casa cercana y las barriadas perdidas, en los espacios de trabajo y de descanso, allí donde mujeres y hombres se afanan, viven y mueren.

Eso no quiere decir que la venida del Espíritu Santo no sea paz, no sea sentirse querido con un amor enorme, no unifique mi mundo interior ni me dé consuelo y la felicidad que nadie da. Lo que ocurre es que los dones de Dios –y el Espíritu Santo es el DON del Padre y del Hijo– nunca se reciben sin una misión que Cristo nos encomienda, nunca se reciben si no es para conformarnos con Cristo y compartir su misión. Nuestra fe no es una fe o una religión estática o puramente estética.

La efusión del Espíritu significa moverse, unirse, transformar el mundo habiéndonos transformado en Cristo por la Iniciación cristiana, que es fundamentalmente una acción de la Tercera Persona de la Trinidad, de ese Espíritu que refuerza los corazones, que hace evidentes las razones del creer, que da el valor necesario para oponerse, por ejemplo, a la mentalidad de este mundo. De este Espíritu, hermanos, tenemos hoy una extrema necesidad.

Y tenemos tanta necesidad porque se trata de un mundo el nuestro cada vez más seguro de sí mismo, más persuasivo, más seductor. Tenemos necesidad, sobre todo, de que este Espíritu Santo muestre a nuestro corazón que nosotros participamos de esa lucha decisiva entre Cristo y el Príncipe de este mundo; lucha dentro de nosotros, entre nosotros y en el ambiente que nos rodea.

¿Qué signos caracterizan, pues, a los verdaderos cristianos? ¿Qué se nos pide hoy? Tenemos que ser personas que atraigan a los otros con su fuerza interior. Eso se solía llamar santidad. Es decir, los que se encuentran con nosotros deberían quedar fascinados y deseando conocer más de nosotros y de nuestra vocación, porque percibieran que nosotros tomamos fuerza de una fuente escondida, fuerte y abundante. Debería fluir en nosotros una libertad interior que nos concede una independencia que no es soberbia ni separación de este mundo, sino que nos hace capaces de estar por encima de las necesidades inmediatas y de las realidades más apremiantes de un materialismo agobiante.

Estos cristianos –y me refiero ahora más a los fieles cristianos laicos asociados o no– son movidos por lo que sucede a su alrededor, pero no dejan que eso les oprima o los destruya. Escuchan con atención, hablan con segura autoridad, pero no son gente que se incline al apresuramiento y al entusiasmo con facilidad. En todo lo que dicen y hacen parece como si

hubiera ante ellos una visión viva, una visión que los que lo escuchan pueden presumir, aunque no ver.

Esta visión de las cosas guía sus vidas y la obedecen. Por medio de ella saben cómo distinguir entre lo que es importante y lo que no lo es. Muchas cosas, que parecen de una apremiante inmediatez, no les agitan, y atribuyen una gran importancia a algunas cosas a las que otros no prestan atención. Tampoco viven para mantener el *status quo*, sino que crean un mundo nuevo, cuyos rasgos ven. Ese mundo tiene para ellos tal aliciente que ni siquiera el miedo a la muerte ejerce sobre ellos un poder decisivo.

Hermanos, la fiesta de Pentecostés es un de los días grandes en la memoria y en la Liturgia de la Iglesia. De hecho es la tercera gran fiesta del Cristianismo, después de Pascua y Navidad. Cierra además la cincuenta pascual con un dinamismo creciente que parte de la noche santa.

Los que reciben o recibimos los sacramentos de la Iniciación cristiana, con el don del Espíritu Santo, empezamos a vivir en comunidad, a rezar juntos y celebrar la Eucaristía. De este modo, comenzó a manifestarse la Iglesia como “misterio de comunión misionera”.

Por eso Pentecostés es también el Día del Apostolado Seglar y de la Acción Católica. Un día grande para agradecer y valorar la vocación y misión de los fieles laicos, para tomar una conciencia cada vez más clara “no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser Iglesia” (CFL 16). En el día de Pentecostés, yo, como Obispo, os saludo a todos, miembros seglares de las parroquias, militantes de los movimientos apostólicos, asociaciones y organizaciones de seglares. A la vez doy gracias al Señor por vuestra vocación laical y compromiso con la Iglesia; también os invito en este día a renovar vuestra fidelidad al Señor, así como vuestro compromiso, para servir a todos los hombres, especialmente a los más necesitados.

Con el Papa os urgimos a la santidad, ya que “*es un momento de proponer de nuevo a todos, con convicción, este alto grado de la vida cristiana ordinaria*” (NMI 31), que es la santidad. “*Es una contradicción conformarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial*” (íbid.). Nos sobra superficialidad en el momento presente.

También me gustaría que descubriéramos con más asombro el valor de la vocación laical y el que tienen las asociaciones de fieles laicos. La Iglesia valora en toda su originalidad las distintas vocaciones que configuran el misterio de la comunión eclesial. Pero, *“en particular, es necesario descubrir cada vez mejor la vocación propia de los laicos, llamados como tales, a buscar el reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios, y a llevar a cabo en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde..., con su empeño por evangelizar y santificar a los hombres”* (NMI 46).

¡Cómo me gustaría que todos viéramos la importancia del apostolado asociado! El Papa nos invita a *“promover las diversas realidades de asociación, que tanto en sus modalidades más tradicionales como en los nuevos movimientos eclesiales, siguen dando a la Iglesia una viveza que es don de Dios”*.

Os invito, pues, hermanos, a ser testigos del amor de Dios en este mundo, siendo muy conscientes de la necesidad que tenemos de la espiritualidad y de la ascética de comunión. La comunión eclesial nos lleva siempre a ayudar a los otros a llevar sus cargas, a crecer en la relación con un amor activo y concreto a cada persona, despertando en la Iglesia una nueva imaginación de la caridad.

Todas estas hermosas realidades, ¿cómo conseguirlas? No lo haremos, si no sentimos la necesidad de orar. Orad conmigo al Señor: “Envía tu Espíritu, para que podamos resistir al poder del mundo. Estás viendo lo débiles que somos, cómo disminuyen nuestras fuerzas y nuestras filas, cómo se vuelven cada vez más tímidos tus discípulos y cómo las razones del mundo están conquistando el corazón de no pocos de nuestros jóvenes y de los que ya no lo son. ¿Qué podremos oponer al poder del mundo si tu Espíritu no está con nosotros? Nuestros argumentos no interesan demasiado, y apenas arañan las seguridades de algunos. Sin tu Espíritu corremos el riesgo, además, de ser homologados con el sentir común.

Tenemos una extrema necesidad de una dosis masiva de tu Espíritu para no sentirnos los últimos defensores de una causa que, a los ojos de muchos, no tiene futuro. Envía a tu Paráclito, a tu Abogado, a tu Argumentador, a tu Defensor, a tu Consolador, para que no huyamos de la lucha, para que no nos quedemos sin armas, para que no nos veamos

sumergidos en la envolvente mentalidad que proclama un tranquilo paganismo. Envía tu Espíritu para convertirnos en profetas críticos de este mundo, profetas entusiastas de tu mundo, de tu verdad. AMÉN.

Corpus Christi

Una de las leyes del Reino que ha traído Jesucristo es la “ley de la abundancia”. Es la esplendidez de Dios. Esta generosidad de Dios es su verdad más profunda, que se transparenta en la vida de Jesús, cuyo condensado es la Eucaristía. En Cristo nada es raquítrico o chato: Dios no nos da un espejismo de Dios: nos da su realidad; Dios no nos da un sucedáneo de Dios: se da Él mismo; Dios no nos da un diezmo de Dios: se da todo entero; Dios no nos da una migaja/miaja instantánea de Dios: es nuestro festín eterno. Sí, sin duda, pero ¿y el hambre del mundo? En el mundo hay bienes de sobra para colmar nuestras necesidades, pero no para satisfacer nuestra codicia: he ahí el origen del hambre del mundo.

Ese es el punto: Dios nos da en abundancia; nosotros somos cicateros. Cristo ama hasta el final; nosotros nos reservamos y nos da miedo amar totalmente. Eso explica muchas cosas que nos suceden.

Por ejemplo, la situación por la que atravesamos los españoles con el terrorismo etarra no es sólo dolorosa. Son muchas las muertes continuadas, los atentados cobardes, las condenas oficiales, las protestas más o menos airadas, es grande el sentimiento de que parece que no hay manera de poner fin a esta catarata de males.

¿No podemos hacer algo más? ¿No nos proporciona esta fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo alguna solución al desamor y brutalidad de la violencia de ETA? Creo sinceramente que sí. Necesaria es la tarea judicial y policial para detener la acción criminal de ETA. Nadie debe tener duda de ello. Sin embargo, me resulta ingenuo y engañoso que en nuestra sociedad se piense que puede acabarse con estas expresiones tan espantosas de la violencia, sin eliminar la actitud violenta de fondo, pétrea y encarnizada que anida en los seres humanos y que, en la práctica, instiga a la violencia.

La pregunta que me quema la lengua, hermanos, es ésta: ¿Pretende la sociedad contemporánea realmente eliminar de fondo la violencia? Esta sociedad hostiga, aunque no todos, los brotes de agresividad más vistosos: el atroz terrorismo, la criminalidad, la xenofobia, el acoso sexual, la intemperancia doméstica que agrede... Pero resulta que alienta hasta lo indecible el salvajismo constitutivo de nuestra moderna civilización occidental: la voluntad de poder o voluntad de dominio individual y colectivo, casi cósmica, que trae consigo el éxito fácil, el prestigio por encima de la verdad, el conseguir dinero como sea o el placer por encima de todo.

Creo que la violencia de la cultura occidental contemporánea no es sólo un hecho. Surge de una determinada visión de las cosas del hombre, de la vida. No cabe duda que otras épocas han conocido las brutalidades más desenfrenadas, las masacres más horrosas, las injusticias más atroces. Pero la nuestra es tal vez la primera cuyo modo de pensar y de sentir constituyen una tierra fecunda donde la violencia hunde sus raíces..., no como explotación ocasional de instintos desviados, sino como consecuencia lógica de esos planteamientos sobre las cosas, el hombre y la vida.

Por eso, el problema radical no es sólo la delincuencia de mil rostros que invade ciudades y pueblos, y, aunque nos duela enormemente incluso el pensarlo, no lo es ni siquiera el terrorismo, con sus despiadadas expresiones, que a todos nos estremecen y llenan de compasión por las víctimas sin culpas y de indignación creciente contra esos asesinos y quienes les secundan.

No es sólo eso, siendo muchísimo y horrendo: en su esencia más íntima, la violencia reposa en lo que el filósofo alemán Heidegger ha llamado olvido o desatención al ser, a la realidad *tal como es*, sobre todo la desatención a las personas, y a las exigencias que de esa realidad se derivan. Esto es lo que no se respeta en nuestro mundo. Y así se suprimen los límites para la sed de dominación caprichosa del hombre sobre el propio hombre y la mujer, y sobre la vida no nacida, y sobre el emigrante, y sobre el enfermo y el anciano, y sobre el desamparado,... en definitiva, sobre el resto del universo.

Índices de esa belicosidad *no rechazada* o incluso *secretamente promovida* serían, entre otros, la utilización indiscriminada de las fuentes de energía, tan denunciada como desoída; el uso desenfrenado de los MCS y

de la publicidad, que tuercen voluntades y comercian con la intimidad propia y ajena; la ingeniería genética, cuando se torna irrespetuosa con el ser humano; la nada infrecuente violación de la verdad por parte de los que rigen el destino de las naciones; los atentados cotidianos contra la libertad mediante la desinformación; el rebajamiento de la persona, reducida a centro de consumo de placeres y utilidades; el fomento irresponsable de la llamada liberación sexual; el provocado descrédito de cualquier compromiso amistoso, profesional, familiar; el sometimiento del espíritu a la materia más burda, al dinero, que vende y compra sin pestañear, para entregarlas a la prostitución, a mujeres y niñas desvalidas e incluso a pueblos enteros, o induce con engaño a jóvenes y adolescentes hacia el mundo de la droga...

¿Qué oponer a esta enorme fuerza de violencia, de otra violencia, que explica también la violencia inadmisibile del terrorismo de ETA? ¿Cómo conseguir que el ser humano no sea el explotador inhumano, sino el *pastor del ser*? No se ocurre otra cosa, aparte de confiar en la bondad básica del ser humano puesta en él por el Dios creador, que recurrir al amor de Cristo y a Cristo; al amor de Aquél que dice a sus discípulos en el evangelio de hoy: “Dadlos vosotros de comer”.

Cristo se ha hecho Pastor de los seres humanos; no ha exigido: ha dado. Ha visto el panorama de la humanidad y ha dicho para cambiarlo: “Hay más alegría en dar que en recibir”. Él se sabía dado al mundo por el amor inabarcable del Padre. Es el amor de los amores, poco apreciado pero siempre en la brecha, para que las relaciones entre los humanos no se corrompan.

¿Cómo no exclamar hoy: **Que la lengua humana/ cante este misterio:/ la preciosa sangre/ y el precioso cuerpo./ Quien nació de Virgen/ Rey del Universo,/ por salvar al mundo,/ dio su sangre en precio./ Se entregó a nosotros,/ se nos dio naciendo/ de una casta Virgen;/ y, acabado el tiempo,/ tras haber sembrado/ la palabra al pueblo,/ coronó su obra/ con prodigio excelso./ Fue en la última cena/ -ágape fraterno-/ tras comer la Pascua/ según mandamiento,/ con sus propias manos/ repartió su cuerpo,/ lo entregó a los Doce/ para su alimento!** (Himno *Pange lingua*).

No es, pues, nada extraño que la Iglesia rinda hoy un honor especial a este amor de Cristo, manifestado en su Cuerpo y Sangre, y no sólo con la celebración de la Eucaristía, sino con la solemne procesión que prolonga, en las mismas calles por las que transcurre nuestra vida, la adoración reservada normalmente al templo y el sagrario. La procesión del Corpus Christi nos acerca a ese amor del Señor; lo introduce en el mundo secular y lo propone como Aquél que ha querido poner su morada entre nosotros y nos ha amado hasta el extremo.

Y un deseo anhelado: ¡Que a estos niños que no hace muchos días han hecho su Primera Comunión y están hoy en la Catedral les habléis de este amor de Cristo, que ellos han introducido sacramentalmente dentro de ellos! Nada más triste para ellos que no conocer el amor de Jesús que respeta, ama y se da.

Curia diocesana

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

Órdenes

Rito de admisión de Órdenes

- D. Emilio Vicente de Paz, Diocesano (19 de marzo de 2001).

Acolitado

- D. Roberto Ruano Estévez, Diocesano (10 de mayo de 2001).
- D. Alfredo Fernández Jiménez, Diocesano (10 de mayo de 2001).
- D. José María Morales Moreno, Diocesano (10 de mayo de 2001).
- D. José Ángel Ávila Fernández, Diocesano (10 de mayo de 2001).

Diaconado

- D. Andrew Barret, Seminarista Escocés (7 de abril de 2001).
- D. Michael Bonifacio, Seminarista Escocés (7 de abril de 2001).
- D. Luis Miguel García Palacios, PP. Dominicos (5 de mayo de 2001).

- D. Antonio Nicolás Galán Meneses, PP. Dominicanos (5 de mayo de 2001).
- D. José Gil González Pérez, PP. Dominicanos (5 de mayo de 2001).
- D. Jorge Luis Álvarez Álvarez, PP. Dominicanos (5 de mayo de 2001).
- D. Victor Francis A. Celio, PP. Dominicanos (5 de mayo de 2001).
- D. Andrés Pinto Barbero, Diocesano (27 de mayo de 2001).

Presbiterado

- José Manuel Baena Valvuela, PP. Reparadores (9 de junio de 2001).

Datos estadísticos del año 2000 enviados a Roma

• Sacerdotes diocesanos	
- Residentes en la diócesis:	199
- Residentes fuera de la diócesis pero en la misma nación	21
- Residentes en el extranjero	13
	Total:
	233
• Sacerdotes miembros de Institutos	186
• Sacerdotes ordenados en el año	
- Sacerdotes diocesanos	1
- Sacerdotes miembros de Institutos	3
• Sacerdotes diocesanos incardinados en esta diócesis fallecidos durante el año	1
• Diáconos permanentes presentes en la diócesis (diocesanos)	3
• Religiosos no sacerdotes profesos, miembros de Institutos Religiosos y Sociedades de vida apostólica presentes en la diócesis	252

• Religiosas profesas, miembros de Institutos Religiosos y Sociedades de vida apostólica presentes en la diócesis	
– de derecho pontificio	519
– de derecho diocesano	39
Total:	558
• Candidatos al sacerdocio para el Clero diocesano de esta Diócesis	
– Estudiantes de Enseñanza Media	14
– Estudiantes de Teología	9
– No dedicados al estudio (en servicio militar, trabajo pastoral, etc.)	14
• Candidatos al sacerdocio para el Clero religioso existentes en esta Diócesis	
– Estudiantes de Enseñanza Media	130
– No dedicados al estudio (en servicio militar, trabajo pastoral, etc.)	130
• Bautizados durante el año	1.490
• Confirmaciones durante el año	1.054
• Primeras Comuniones durante el año	1.403
• Matrimonios durante el año	640

Crónica diocesana

Ochocientos años de la dedicación de la parroquia de San Juan Bautista

La parroquia de San Juan Bautista celebra su aniversario. Se cumplen nada menos que los 800 años de la dedicación de la parroquia a San Juan Bautista. El 27 de abril del año 1201 se encomienda esta Iglesia a la advocación de este santo, designación que se ha conservado hasta nuestros días.

El dato de esta fecha en que se produce este acontecimiento figura en uno de los arcos de la Iglesia. Allí, en una inscripción románica se aclara que *“en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo fue dedicada la Iglesia en honor de San Juan Bautista y de otros muchos santos Y la dedicó Gonzalo Fernández, obispo salmantino: V. Kal. Era MCCXXIX (27 de abril de 1201)”*.

Este interesante texto alusivo a la dedicación de la iglesia labrado en uno de los arcos fue descubierto en las obras de remodelación que se llevaron a cabo a mediados de los sesenta que nos permiten contemplar el templo tal y como lo conocemos en la actualidad.

La Iglesia de San Juan Bautista fue construida probablemente a principios del siglo XII por los Caballeros de San Juan de Jerusalén, venidos a España para luchar contra los árabes e instalados en Salamanca como

re pobladores de la parte noroeste de la ciudad, enclavada en la pobladura de los castellanos. Con el consentimiento y apoyo del obispo don Berengario, los caballeros de San Juan de Jerusalén erigen la iglesia parroquial y la encomiendan bajo la advocación de San Juan Bautista, un santo muy popular en la Edad Media.

Para conmemorar el 800 aniversario de la dedicación, la parroquia de San Juan Bautista ha llevado a cabo diferentes actos todos los jueves de Cuaresma: celebración de la palabra, conciertos de música religiosa, charlas...

Los días 25, 26 y 27 de abril se celebró un Triduo preparado por distintos grupos de la parroquia y con implicación del arciprestazgo. La celebración del día 27 fue presidida por nuestro obispo Braulio Rodríguez.

El broche de oro de este aniversario fue el sábado 28 de abril con la proyección del audiovisual "San Juan, imagen, luz y sonido", realizado por José Amador Martín. Una proyección que tiene como escenario y como protagonista la propia iglesia de San Juan Bautista, un templo románico que luce en todo su esplendor con la ayuda de un impresionante despliegue de luz y sonido.

Jorge de Dios

Jornadas de Reflexión en el Día del Enfermo

Los pasados días 2, 3 y 4 de mayo, en el colegio Mayor Montellano se dieron cita numerosas personas vinculadas a la Pastoral de la Salud en las Jornadas de Reflexión que organizaron las delegaciones diocesanas de Pastoral de la Salud y Cáritas, y en las que se abordaron distintas cuestiones que afectan a la realidad de los niños enfermos.

El miércoles, 2 de mayo, bajo el título "Una mirada al mundo de los niños enfermos, discapacitados, minusválidos" D. Félix López Sánchez impartió una conferencia. El jueves, 3 de mayo, se organizó una mesa redonda con distintas asociaciones que trabajan en este campo. El viernes 4 de mayo, D. José Román Flecha moderó una mesa redonda con distintas

familias que viene la experiencia en situación de enfermedad, discapacidad, minusvalía...

Durante esos días se hizo hincapié en la necesidad de educar en la limitación de la vida, el sufrimiento y el dolor, realidades que existen pero que la sociedad actual esconde. Junto a esta idea se subrayó también el empeño de trabajar desde la esperanza para no quedarse en las limitaciones que siempre acompañan a la enfermedad.

Asimismo, el sábado 19 de mayo, con motivo del Día del Enfermo se celebró una eucaristía en la parroquia de Nuestra Señora de Fátima, que estuvo presidida por nuestro obispo Braulio Rodríguez.

Éxito en las Jornadas sobre la figura del sacerdote en la sociedad

Con motivo de la campaña del Día del Seminario la comunidad del Seminario diocesano ha visitado varios arciprestazgos, ha tenido un encuentro con curas jóvenes, ha presentado la campaña a los medios de comunicación y ha tenido un día de convivencia con los monaguillos de la Diócesis. Las actividades programadas para esta campaña concluyeron con unas jornadas sobre la figura del sacerdote en la sociedad actual que se desarrollaron en el Salón de actos de Caja Duero, los días 7, 8 y 9 de mayo.

Más de doscientas personas se congregaron en estas jornadas en las que, políticos, profesores, teólogos y otras personas vinculadas a distintas parroquias y movimientos diocesanos debatieron en torno a la figura del sacerdote en la sociedad actual.

El objetivo de esta actividad, que ha sido el colofón de una ambiciosa campaña de sensibilización y acercamiento del Seminario diocesano a la Iglesia y a la sociedad salmantina, ha sido aportar una visión de la realidad, figura y presencia del sacerdote desde distintas perspectivas, en un ámbito público y civil.

Bodas de oro y plata sacerdotales e institución de cuatro acólitos

El pasado 10 de mayo, festividad de san Juan de Ávila –patrono de los sacerdotes–, como en años anteriores, la Diócesis celebró un homenaje a los sacerdotes que este año han cumplido sus bodas de oro y plata sacerdotales.

En la Capilla de la Casa provincial de los PP. Paúles se celebró una eucaristía que presidió el obispo, Braulio Rodríguez, y fue concelebrada por D. Antonio Calvo Delgado, D. Agustín Delgado López, D. José Antonio Marcos Herrero, D. Juan Domingo Marcos Regalado, D. Marciano Recio Escribano, D. Rodrigo Sánchez Rodríguez, D. Moisés Latasa Ongay, D. Francisco Martín Hernández, D. Carlos José Martín Martín y D. Isidro Calvo Sánchez (salesiano) que, respectivamente, celebraban sus bodas de oro y plata sacerdotales. Durante la celebración José Ángel Ávila, Alfredo Fernández, José María Morales y Roberto Ruano, seminaristas diocesanos fueron instituidos acólitos por nuestro obispo Braulio.

En el salón de actos varios seminaristas realizaron una breve reflexión sobre las jornadas que se habían celebrado los días anteriores en torno a la figura del sacerdote, como síntesis de las mismas y de la campaña que el Seminario ha venido organizando.

Marciano Recio Escribano dirigió unas palabras de agradecimiento y recitó uno de sus poemas escritos para conmemorar esta fiesta.

Acto seguido, en el comedor, se sirvió un almuerzo, aprovechando esta oportunidad para la convivencia fraternal del presbiterio salmantino.

Reconocimiento a la labor de restauración de la Iglesia de San Cristóbal

Las obras de restauración de la iglesia románica de San Cristóbal (1985-1994) han sido galardonadas esta semana con uno de los Premios Europa Nostra de restauración.

Construida a finales del S. XI, pertenece a la parroquia de Sancti Spiritus. Aunque estuvo cerrada al culto durante 100 años, actualmente se celebra la eucaristía todos los domingos y se utiliza como lugar de reunión por algunos movimientos diocesanos.

Actividades en la Semana de los laicos

Bajo el lema “*Diálogos para la comunión*” los días 28, 29, 30, 31 de mayo y 1 de junio se celebró una serie de conferencias y mesas redondas organizadas por varias delegaciones con motivo de la Semana de los laicos, que culminaron el domingo 3 de junio, festividad de Pentecostés, con una Eucaristía en la Catedral Vieja.

Misa de Acción de Gracias por la beatificación de cuatro salesianos

El pasado 24 de junio, a las 11:00 horas en la Catedral Vieja, se celebró una Misa de Acción de Gracias por la beatificación de cuatro religiosos salmantinos.

La celebración eucarística estuvo presidida por el obispo de la Diócesis, Mons. Braulio Rodríguez Plaza.

Antonio Martín (Calzada de Béjar), Julián Rodríguez (Salamanca), Pedro Mesonero (Aldearrodrigo) y Eliseo García (El Manzano), fueron beatificados por Juan Pablo II el 11 de marzo de 2001.

Necrológicas

M^a del CARMEN FONTÁN LOBÉ
Sor PURIFICACIÓN MARÍA DE SAN JOSÉ

El día 20 de mayo de 2001, después de una vida de fidelidad y entrega a Dios, pasó de este mundo a la Casa del Padre y, descansando en sus brazos, entró en la paz del Señor con María, nuestra Madre.

Tenía 98 años de edad y 65 de profesión religiosa.

*Para ella y para todos los que han muerto en Jesucristo,
Te pedimos, Señor, la paz eterna.*

*Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús
Cantalapiedra*

ADELA MUNIZ SÁNCHEZ
Hna. MARÍA DEL NIÑO JESÚS P.

La Hna. María del Niño Jesús, de la Comunidad de Carmelitas Descalzas de Salamanca, es ya otra hermana más que nos espera en la Patria.

Hna. María era una asturiana de 87 años, de los que ha pasado más de 63 en el Carmelo salmantino. Toda esta larga vida se puede resumir en muy pocas palabras: siempre silenciosa y recogida, siempre oculta, caritativa y trabajadora. Era muy notoria su habitual actitud de recogimiento entre los trabajos de la cocina, huerta o encuadernación. El trabajo no le era obstáculo para mantener una fuerte y profunda vida interior.

Este trato con Dios se reflejaba, entre otras cosas, en una gran caridad fraterna: siempre estaba disponible para cualquier favor que se le pidiera, aunque luego tuviera que hacer sus obligaciones a toda prisa o quitarse tiempo del sueño.

Ya hace años, le aparecieron diversos problemas de reumatismo, luego fueron los circulatorios, lo que siempre aceptaba como venido de la mano amorosa de Dios. En el pasado mes de mayo fueron sucesivos acci-

dentes cerebro-vasculares, infarto y una trombosis que la redujo a la hemiplejía.

El 29 de mayo se nos iba al cielo “de puntillas”, en silencio, sin hacerse notar, como siempre vivió. Nos dejó llenas de sorpresa por lo rápido del desenlace, de pena por la temporal separación, pero también llenas de paz y profunda alegría porque nuestra querida Hna. María ya ha dejado atrás el destierro y ahora puede ser, en plenitud, la “Alabanza de gloria” que fue el ideal de toda su vida temporal. Ella nos ayudará desde la Patria.

Carmelo de S. José
Arenal del Ángel
Salamanca

Iglesia en Castilla

Inauguración de la nueva edición de “Las Edades del hombre” en la Catedral de Zamora

El pasado miércoles 30 de mayo en la Catedral de Zamora tuvo lugar la inauguración oficial de la nueva edición de “Las Edades del Hombre”, con el fin de colaborar en la celebración del 1.100 aniversario de la existencia de esta diócesis.

“RemembranZa” es el lema de esta exposición, que persigue hacer un memorial de la rica historia de Zamora. Para el público se abrió el 31 de mayo. La muestra permanecerá abierta hasta el mes de noviembre y sólo cerrará los lunes.

A la inauguración presidida por el obispo diocesano de Zamora, Mons. Casimiro López Llorente, asistió nuestro obispo Braulio. Además, estuvieron presentes la Infanta Cristina e Iñaki Urdangarín, Duques de Palma.

Esta nueva exposición cierra el ciclo de cuatro exposiciones, todas ellas conmemorativas, que se inició en 1997 en la Catedral de El Burgo de Osma y que pasó por Palencia, en 1999 y Astorga en el 2000.

La muestra tiene tres sedes, muy cercanas entre sí, creando un circuito, que es una de las mayores novedades de esta edición.

Se inicia en un edificio modernista, de 1911, que fue sede de un laboratorio municipal. Sigue la muestra en una iglesia románica, denominada El Carmen de San Isidoro y concluye en el complejo catedralicio.

Se exponen 250 piezas, de las que como en ediciones anteriores, el ochenta por ciento procede del rico patrimonio de Zamora y el veinte por ciento restante de la solidaridad de las otras diez diócesis que conforman la Iglesia en Castilla y León.

Iglesia en España

El exPresidente de Portugal Ramalho Eanes y el Nuncio en España Monteiro de Castro, en el XII Simposio de Historia de la Iglesia en España y América

Por decimosegunda vez consecutiva, ha tenido lugar en el Real Alcázar de Sevilla, el pasado 21 de mayo, el Simposio de Historia de la Iglesia en España y América, promovido por la Academia de la Historia Eclesiástica Hispalense. El argumento que se debatía esta vez giraba en torno al título “Iglesia y sociedad de la comunicación”.

Ante la presencia de más de 300 personas provenientes tanto del ámbito eclesiástico como del mundo civil, presentó el Simposio, como es habitual, el Arzobispo de Sevilla. Mons. Amigo Vallejo puso de relieve la importancia del tema tanto para la Iglesia como para la sociedad civil y destacó el papel de la Iglesia como garante de una comunicación verdadera. A continuación, los profesores Javier Fernández del Moral y Jaime Antúnez disertaron sobre la comunicación del mensaje cristiano en una sociedad pluralista y sobre la relación entre la cultura de los medios, desde una perspectiva cristiana. Tanto el catedrático de la Universidad Complutense como el director de la revista “Humanitas” de la Universidad Católica de Chile, abogaron por una coherencia cristiana que, al producir

un efectivo arrinconamiento de las actitudes relativistas, llevara a una regeneración de la sociedad.

El exPresidente, Antonio Ramalho Eanes, principal protagonista del resurgir democrático de Portugal, tras la llamada popularmente “Revolución de los claveles”, demostró desde la tribuna de los oradores que no sólo es un militar y, sin duda, un gran estadista, sino también un brillante pensador político. Trazó con pulso filosófico firme los rasgos esenciales de la sociedad civil y de la democrática, y puso de relieve, con acertadas incursiones en el pensamiento aristotélico y platónico, la necesidad constitutiva de la comunicación de la sociedad. Aseguró que “en una democracia real, el ciudadano no puede dejar de ser protagonista”. Pero no puede realmente serlo sin estar bien informado. De aquí “la función esencial que la comunicación social –y por tanto el periodismo– tiene en la sociedad democrática: donde no haya comunicación social libre, no habrá democracia”.

Por la tarde tuvo lugar una animada mesa redonda, moderada por el Obispo de Jérez, Mons. Juan del Río, en la que diversos periodistas como Miguel Ángel Velasco, director de “Alfa y Omega”, José María Gil, Secretario de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación de la Conferencia Episcopal y Guillermo Raigón, profesor de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Sevilla, dieron pie, junto con las preguntas del público asistente, a una interesante reflexión sobre si era o no posible y deseable una amistad entre la Iglesia y los medios.

Clausuró el Simposio el Nuncio de Su Santidad en España. Sus palabras no son encuadrables en una clausura convencional. Aunque su intervención fue breve, dibujó con hondura la situación, al decir que “si lo que comunicamos no es la verdad, no comunicamos nada”. “La Jerarquía de la Iglesia –añadió más adelante– proclama a través de su constante magisterio no sólo la verdad de la fe, sino la verdad esencial sobre el hombre y la sociedad. Y por eso se duele y alza su voz tanto cuando ella misma, como institución social, es maltratada por los medios de comunicación, como cuando los malos tratos recaen sobre otras instituciones o sobre otras personas, es decir, la Iglesia rechaza, en general, el maltratamiento de la verdad”. Mons. Monteiro, finalizó su vibrante intervención afirmando que “hay que defender la verdad, hay que hablar de Dios sin miedo a través de los medios de comunicación, pero hay que procurar hacerlo bien, sin utili-

zar estilos dogmáticos ya trasnochados, y aprendiendo cada día mejor el arte del diálogo sincero, lleno de respeto a las personas y bien fundamentado argumentativamente en la verdad”.

El Secretario de la Academia, prof. Manuel José Cociña y Abella, anunció la inminente publicación de los volúmenes de Actas de los dos Simposios anteriores: “La nueva relación España-América, en el contexto Europeo” y “Vivir en un mundo globalizado”.

Manuel J. Cociña y Abella

Jornada por la Vida consagrada contemplativa

Monasterios, escuelas de oración

“Sí, queridos hermanos y hermanas, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas ‘escuelas de oración’, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el arrebató del corazón” (N.M.I. 33).

En la Solemnidad de la Santísima Trinidad, la Iglesia en España celebra la Jornada “Pro orantibus”. Es “una ocasión para dar gracias por el don de la vida monástica como una forma específica de consagración, cuyo silencio elocuente y soledad habitada, son un precioso testimonio, una necesaria profecía para quienes estamos en otros surcos de la tierra eclesial”.

El lema de la Jornada de este año es: “*Los monasterios: escuelas de oración*”. Precisamente, entre los servicios que la vida contemplativa ha prestado al pueblo de Dios, resalta el intento de mantener vivo el ejercicio de la oración en sus diferentes modos, tanto en la forma comunitaria como en la forma personal.

Los últimos Papas y el Concilio Vaticano II, han animado a los monjes y monjas de vida contemplativa a que abran las puertas de sus

Hospederías para acoger a hombres y mujeres necesitados de soledad, paz y contacto con Dios. Si los monasterios deben ser “*como semilleros de edificación del pueblo cristiano*” (PC 9), han de serlo principalmente en el campo de la oración.

Los monasterios tratan de responder –desde su propio carisma– a una auténtica necesidad de estos tiempos en los que los hombres y mujeres están ahítos de bienestar y consumismo y buscan, a veces sin saberlo, algo que llene su corazón hambriento y sediento de trascendencia, silencio, paz y felicidad. Y esto sólo Jesús lo puede dar. Y el medio es el diálogo amoroso y amistoso con él en el fondo de un corazón purificado y pacificado (cf. *N.M.I.* 33).

Es una llamada para que las distintas vocaciones y carismas de la Iglesia sepamos permanecer unidos en una auténtica *espiritualidad de comunión*, que significa, ante todo, una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado (cf. *N.M.I.* 43).

*Comisión de Obispos y Superiores Mayores
Conferencia Episcopal Española*

Comunicado de la Comisión Episcopal de Pastoral Social en el Día de la Caridad, en la festividad del Corpus Christi

Nos disponemos a celebrar la fiesta del Corpus Christi de manera solemne. Y celebramos cada domingo, cada día, con agradecimiento y temblor, este misterio del amor de Cristo, significado en un pan partido y un cáliz rebosante, un cuerpo entregado y una sangre derramada. Toda celebración eucarística es signo de unidad, bandera de reconciliación, invitación a la solidaridad –nosotros preferimos decir fraternidad y común-unió–.

La Eucaristía actualiza los sentimientos y actitudes de Jesús, el que abría sus brazos para acoger a impuros y alejados, el que derribaba los

muros que separaban a los hombres (cf. Ef 2, 4), el que quiso hacerse pan para ser comido por todos. Cada vez que partimos este pan y levantamos esta copa estamos renovando el amor entregado de Cristo, estamos gritando sus palabras de perdón, estamos comprometiéndonos a compartir lo que tenemos y lo que somos. Presentamos el pan y el vino del amor como el mejor alimento y la mejor medicina para este mundo hambriento y desgarrado.

En este Día de caridad nos dejamos interpelar por el mundo de la pobreza y la exclusión social. Es una realidad humillante y dolorosa: millones de seres humanos indefensos, desvalidos, despojados de su dignidad; millones de seres humanos olvidados, anónimos, sin palabra, sin posibilidad de defenderse o valerse por sí mismos.

Que nadie sea excluido

Un mundo en el que nadie fuera excluido sería un mundo ideal. Sería un mundo como el que siempre hemos soñado, limpio y solidario, habitable para todos; un mundo en el que la persona fuera respetada por sí misma, y el más insignificante de los hombres desarrollara todas sus capacidades y disfrutara de todos sus derechos.

Por desgracia estos sueños distan mucho de hacerse realidad. El espejo de nuestros sueños se rompe en mil pedazos cada vez que despertamos. Constatamos que el mundo en que vivimos está lleno de violencias e injusticias, de miserias y de marginaciones. No desconocemos los aspectos positivos del desarrollo técnico-científico, así como los avances culturales y sociológicos. Son en verdad admirables. Pero nuestro mundo *está enfermo*, decía Pablo VI, y con metástasis; enfermo, sobre todo, por la *falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos*¹.

Y Juan Pablo II advierte: *Nuestro mundo empieza el nuevo milenio cargado de contradicciones*². *La humanidad empieza esta nueva etapa de su historia con heridas todavía abiertas*³. Podríamos hablar de sus cinco llagas más terribles y dolorosas:

¹ Cf. Pablo VI. Encíclica *Populorum progressio*, 66.

² Juan Pablo II. Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, 50.

³ Juan-Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de la paz, 2001.

- La **violencia**, la guerra y el terror, la opresión y la tortura, la esclavitud y la persecución. *Duros y sangrientos conflictos*, dice el Papa. Es la semilla de Caín, que se multiplica cada día. Los señores de la guerra imponen una cultura de muerte.
- La **injusticia**, cristalizada en sistemas políticos y financieros que explotan y expolían a los pueblos, originando enfermedad, miseria, dependencia, hambres y muertes, en miles de millones.
- La **intolerancia**, el racismo, el fanatismo religioso, con toda la parafernalia de odio e incomprensiones.
- La **codicia**, el afán de tener y consumir, con la consecuente dependencia de las cosas, el estrés y la insatisfacción, la idolatría del dinero, la competitividad inhumana, la exclusión de los vencidos.
- La **amoralidad**, la pérdida de fe y de valores, el desencanto y la duda, el tono gris de la existencia, el conformismo y el relativismo, el vacío interior y la falta de fidelidad, la irresponsabilidad y la despreocupación por el otro.

El desarrollo alcanzado por los países ricos no responde a las verdaderas necesidades y exigencias del hombre. Se fundamenta más en la técnica que en la ética, más en las exigencias de la economía que en las necesidades de la persona, más en los valores de la bolsa que en los del espíritu. Ya nos alertaba Pablo VI: *El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre (...) porque la vida de todo hombre es una conversión (...) Los hombres ya no se mueven por amistad, sino por interés*⁴.

El desarrollo de los países ricos es inhumano, porque está amasado con injusticia y con violencia. Los países más pobres fueron despojados de sus bienes naturales y siguen siendo explotados a través de un comercio injusto o de una deuda injusta. No son pobres, sino empobrecidos. No hay pobres y ricos, sino que hay pobres porque hay ricos.

Y es inhumano porque no alcanza a todos los hombres, sólo una minoría privilegiada de la humanidad goza de sus ventajas. El 80% de los

⁴ Cf. Encíclica *Populorum progressio*, 14; 15; 19.

hombres no puede sentarse a la mesa bien abastecida de los ricos. 360 Personas acumulan tanta riqueza como la mitad de la población del mundo. 1200 millones de personas tienen que sobrevivir con apenas un dólar diario⁵. *Dejando a un lado el análisis de las cifras y estadísticas, es suficiente mirar la realidad de una multitud ingente de hombres y mujeres, niños, adultos, ancianos, en una palabra, personas humanas concretas e irrepetibles, que sufren el peso intolerable de la miseria. Son muchos millones los que carecen de esperanza*⁶.

Los excluidos no siempre lo son por razones económicas. Hay *ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sinsentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la exclusión social*⁷. Hay excluidos por razones de salud o edad o sexo o raza o religión o por falta de preparación para la competencia. Excluido es todo aquel que no cuenta, que fracasa, que no es capaz de subir al tren del desarrollo. A veces es peor ser excluido que ser oprimido, porque a éste todavía se le da un valor, el primero, en cambio, pierde su condición de persona, condenado al anonimato y al olvido.

*Es la hora de la nueva 'imaginación de la caridad' que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno*⁸.

De ti depende

El cristiano no puede contentarse con soñar y denunciar. Tiene que esforzarse para hacer que los sueños se conviertan en realidad. Nosotros rezamos todos los días que venga el Reino de Dios, y cada oración nos compromete a trabajar por ese Reino, a construir la civilización del amor.

⁵ Datos del Banco Mundial Informe 2000 y también Informe sobre el Comercio y Desarrollo 2000 (Naciones Unidas).

⁶ Cf. Juan-Pablo II, Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, 13.

⁷ Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, 50.

⁸ *Ibidem*.

Todo cristiano, como Jesús, es ungido por el Espíritu y *enviado a anunciar la Buena Noticia a los pobres* (Lc 4, 18). De ti depende que algún pobre sea evangelizado, que algún oprimido recupere la libertad. Será el principio de un proceso de salvación. El evangelizado se convertirá en evangelizador y el liberado combatirá la esclavitud. Es así como se irá consiguiendo el mundo que soñamos.

Es una gran tarea la que nos espera. *No se trata de vencer el hambre, ni siquiera de hacer retroceder la pobreza. El combate contra la miseria, urgente y necesario, es insuficiente. Se trata de construir un mundo donde todo hombre, sin excepción de raza, religión o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana*⁹.

No temas

De ti depende, pero no temas. Tú no puedes cambiar el mundo, pero sí puedes encender alguna luz en la noche del mundo. Tu trabajo será humilde y callado, como el fermento, pero fuerte y constante. Puedes aportar una palabra, una acogida, una ayuda, una oración. Cada uno de tus gestos será levadura de un mundo nuevo. Empieza por no excluir a nadie de tu corazón, que el más alejado de los hombres sea algo tuyo. Que cada uno pueda sentirse junto a ti como *en su casa*. Contagia después tus ideales a los demás... y todo irá cambiando.

No temas. No estás solo en la tarea. Son muchos los que, llenos de fe, trabajan en el mismo campo. Únete a ellos. *En esta marcha todos somos solidarios*. El viento de la solidaridad está soplando con fuerza en este cambio de siglo. Hay muchas personas, anónimas quizá, pero generosas, voluntarias, que trabajan y se entregan para los demás.

Estamos celebrando precisamente el *Año del voluntariado*. El voluntario es hijo de la solidaridad y la caridad. Voluntario es el que tiene voluntad de ayudar y servir, el que hace opción por los más necesitados y desfavorecidos, el que quiere dar algo de sí mismo, su tiempo, sus talentos, sus carismas, y se capacita para ello. Ojalá crezcan los voluntarios en número y calidad.

⁹ Pablo VI, Encíclica *Populorum progressio*, 47.

No temas. Ábrete a la esperanza, trabaja y confía. Es Dios el que quiere salvar el mundo, y tú eres un pequeño instrumento en sus manos. Creemos en el Dios de la Pascua. El Espíritu Santo no deja de alentar en sus criaturas, contagiándolas de resurrección. Tú eres ya un fruto de la Pascua. Confía. Podemos soñar con un mundo en el que nadie sea excluido. De ti depende.

Los Obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral Social

Iglesia en el mundo

Homilía en la Solemnidad de Pentecostés y traslado de la urna con el cuerpo del Beato Juan XXIII

1. “*Se llenaron todos de Espíritu Santo*” (Hch 2, 4).

Así sucedió en Jerusalén, en *Pentecostés*. Hoy, congregados en esta plaza, centro del mundo católico, revivimos el clima de aquel día. En nuestro tiempo, al igual que en el Cenáculo de Jerusalén, la Iglesia está impulsada por un “viento impetuoso”. Experimenta el soplo divino del Espíritu, que la abre a la evangelización del mundo.

Por una feliz coincidencia, en esta solemnidad tenemos la alegría de acoger, junto al altar, *los venerados restos mortales del beato Juan XXIII*, que Dios modeló con su Espíritu, haciendo de él un admirable testigo de su amor. Este venerado predecesor mío falleció hace treinta y ocho años, *el 3 de junio de 1963*, precisamente mientras en la plaza de San Pedro oraba una gran multitud de fieles, reunidos espiritualmente en torno a su cabecera. A aquella plegaria se une esta celebración, y, a la vez que conmemoramos la muerte de este beato Pontífice, alabamos a Dios que lo dio a la Iglesia y al mundo.

Como sacerdote, como obispo y como Papa, el beato Angelo Roncalli fue docilísimo a la acción del Espíritu, que lo guió por el camino de la santidad. Por eso, en la comunión viva de los santos queremos cele-

brar la solemnidad de Pentecostés en singular sintonía con él, recordando algunas de sus profundas reflexiones.

2. “*La luz del Espíritu Santo irrumpe desde las primeras palabras del libro de los Hechos de los Apóstoles. (...) El viento impetuoso del Espíritu divino precede y acompaña a los evangelizadores, penetrando en el alma de quienes los escuchan y extendiendo la Iglesia católica hasta los confines de la tierra, transcurriendo a través de todos los siglos de la historia*” (*Discursos, mensajes y coloquios de Su Santidad Juan XXIII*, II, p. 398).

Con estas palabras, pronunciadas en Pentecostés de 1960, el Papa Juan XXIII nos ayuda a captar el incontenible impulso misionero propio del misterio que celebramos en esta solemnidad. La Iglesia *nace misionera*, porque nace *del Padre*, que envió a Cristo al mundo; nace *del Hijo* que, muerto y resucitado, envió a los Apóstoles a todas las naciones; y nace *del Espíritu Santo*, que infunde en ellos la luz y la fuerza necesarias para cumplir esa misión.

También en su dimensión misionera originaria la Iglesia es imagen de la santísima Trinidad: refleja en la historia la sobreabundante fecundidad propia de Dios, manantial subsistente de amor que engendra vida y comunión. Con su presencia y su acción en el mundo, la Iglesia propaga entre los hombres este misterioso dinamismo, difundiendo el reino de Dios, que es “justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (*Rm* 14, 17).

3. El *concilio Vaticano II*, que el Papa Juan XXIII anunció, convocó e inauguró, fue consciente de esta vocación de la Iglesia.

Se puede afirmar que el *Espíritu Santo* fue el *protagonista* del Concilio, desde que el Papa lo convocó, declarando que había acogido como venida de lo alto una voz íntima que escuchó en su corazón (cf. constitución apostólica *Humanae salutis*, 25 de diciembre de 1961, n. 6). Aquella “brisa ligera” se convirtió en un “viento impetuoso”, y el acontecimiento conciliar tomó la forma de un nuevo Pentecostés. “Con la doctrina y el espíritu de Pentecostés -afirmó el Papa Juan XXIII- es como el gran acontecimiento del Concilio ecuménico cobra vida y vigor” (*Discursos, mensajes y coloquios*, p. 398).

Amadísimos hermanos y hermanas, si hoy recordamos ese tiempo singular de la Iglesia es porque *el gran jubileo del año 2000 se situó en continuidad con el concilio Vaticano II*, recogiendo numerosos aspectos

tanto de doctrina como de método. Y el reciente *consistorio extraordinario* ha reafirmado su actualidad y su riqueza para las nuevas generaciones cristianas. Todo esto constituye para nosotros un nuevo motivo de gratitud con respecto al beato Papa Juan XXIII.

4. En el marco de esta celebración, que a Pentecostés añade un acto solemne de veneración, quisiera subrayar de modo particular que el don más valioso que el Papa Juan XXIII ha dejado al pueblo de Dios es él mismo, es decir, *su testimonio de santidad*.

También puede aplicarse a su persona lo que él mismo afirmó de los Santos, a saber, que cada uno de ellos “es una obra maestra de la gracia del Espíritu Santo” (*ib.*, p. 400). Y al pensar en los mártires y en los Pontífices enterrados en San Pedro, añadía palabras que conmueven al volver a escucharlas hoy: “A veces las reliquias de sus cuerpos se reducen a poco, pero siempre palpita aquí su recuerdo y su oración”. Y exclamaba: “¡Oh, los santos, los santos del Señor, que por doquier nos alegran, nos animan y nos bendicen!” (*ib.*, p. 401).

Estas expresiones del Papa Juan XXIII, avaladas por el ejemplo luminoso de su vida, muestran muy bien la importancia de la elección de la *santidad como camino privilegiado de la Iglesia* al comienzo del nuevo milenio (cf. *Novo millennio ineunte*, 30-31). En efecto, la generosa voluntad de colaborar con el Espíritu en la santificación propia y en la de los hermanos es condición previa e indispensable para la nueva evangelización.

5. La evangelización requiere la santidad y esta, a su vez, necesita la *savia de la vida espiritual*: la oración y la unión íntima con Dios mediante la Palabra y los sacramentos; en suma, necesita *la vida personal y profunda en el Espíritu*.

A este propósito, ¡cómo no recordar también la rica herencia espiritual que nos dejó el beato Juan XXIII en su *Diario del alma*! En sus páginas se puede admirar de cerca el esfuerzo diario con que él, ya desde los años del seminario, *quiso corresponder plenamente a la acción del Espíritu Santo*. Se dejó modelar por el Espíritu día a día, tratando con paciente tenacidad de conformarse cada vez más a su voluntad. Aquí reside el secreto de la bondad con que conquistó al pueblo de Dios y a tantos hombres de buena voluntad.

6. Encomendándonos a su intercesión, queremos pedir hoy al Señor que *la gracia del gran jubileo se irradie sobre el nuevo milenio mediante el testimonio de santidad de los cristianos*. Profesamos con confianza que esto es posible. Es posible por la acción del Espíritu Paráclito que, según la promesa de Cristo, permanece siempre con nosotros.

Animados por una firme esperanza, digamos con las palabras del beato Juan XXIII: “Oh, Espíritu Santo Paráclito (...) haz fuerte y continua la oración que elevamos en nombre del mundo entero; apresura para cada uno de nosotros el tiempo de una profunda vida interior; impulsa nuestro apostolado, que quiere llegar a todos los hombres y a todos los pueblos. (...) Mortifica nuestra presunción natural, y llévanos a las regiones de la santa humildad, del verdadero temor de Dios y de la generosa valentía. Que ningún vínculo terreno nos impida cumplir nuestra vocación; que ningún interés, por nuestra indolencia, disminuya las exigencias de la justicia; y que ningún cálculo reduzca los espacios inmensos de la caridad en las estrecheces de los pequeños egoísmos. Que en nosotros todo sea grande: la búsqueda y el culto de la verdad; la disposición al sacrificio hasta la cruz y la muerte; y, por último, que todo corresponda a la extrema oración del Hijo al Padre celestial; y a la efusión que de ti, oh Espíritu Santo de amor, el Padre y el Hijo quisieron hacer sobre la Iglesia y sobre sus instituciones, sobre cada alma y sobre los pueblos” (*Discursos, mensajes y coloquios*, IV, p. 350).

Veni, Sancte Spiritus, veni! Amen

Homilía en la solemnidad de la Santísima Trinidad

1. “*Bendito sea Dios Padre, y su Hijo Unigénito, y el Espíritu Santo, porque grande es su amor por nosotros*” (*Antifona de entrada*).

Siempre, pero especialmente en esta fiesta de la Santísima Trinidad, toda la liturgia está orientada al misterio trinitario, manantial de vida para todo creyente.

“Gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo”: cada vez que proclamamos estas palabras, síntesis de nuestra fe, adoramos al único y verdadero Dios en tres Personas.

Contemplamos con estupor este misterio que nos envuelve totalmente. Misterio de amor; misterio de santidad inefable.

“Santo, santo, santo es el Señor, Dios del universo”, cantaremos dentro de poco, al entrar en el corazón de la Plegaria eucarística. El Padre creó todo con sabiduría y amorosa providencia; el Hijo, con su muerte y resurrección, nos ha redimido; el Espíritu Santo nos santifica con la plenitud de sus dones de gracia y misericordia.

Podemos definir con razón esta solemnidad como una *fiesta de la santidad*. Por tanto, en este día encuentra su marco más adecuado la ceremonia de canonización de cinco beatos: Luis Scrosoppi, Agustín Roscelli, Bernardo de Corleone, Teresa Eustochio Verzeri y Rebeca Petra Choboq Ar-Rayès.

2. “*Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo*” (Rm 5, 1).

Como hemos escuchado en la *segunda lectura*, para el apóstol san Pablo la santidad es un don que el Padre nos comunica mediante Jesucristo. En efecto, la fe en él es principio de santificación. Por la fe el hombre entra en el orden de la gracia; por la fe espera participar en la gloria de Dios.

Esta esperanza no es un espejismo, sino fruto seguro de un camino ascético en medio de numerosas tribulaciones, afrontadas con paciencia y virtud probada.

Esta fue la experiencia de *san Luis Scrosoppi*, durante una vida gastada totalmente por amor a Cristo y a sus hermanos, especialmente los más débiles e indefensos.

“¡Caridad, caridad!”: esta exclamación brotó de su corazón en el momento de dejar el mundo para ir al cielo. Practicó la caridad de modo ejemplar, sobre todo con las muchachas huérfanas y abandonadas, implicando a un grupo de maestras, con las que fundó el instituto de las “Religiosas de la Divina Providencia”.

La caridad fue el secreto de su largo e incansable apostolado, alimentado de su contacto constante con Cristo, contemplado e imitado en la humildad y en la pobreza de su nacimiento en Belén, en la sencillez de la vida laboriosa de Nazaret, en la total inmoción en el Calvario y en el silencio elocuente de la Eucaristía. Por este motivo, la Iglesia lo señala a los sacerdotes y a los fieles como modelo de síntesis profunda y eficaz entre la comunión con Dios y el servicio a los hermanos. En otras palabras, modelo de una existencia vivida en comunión intensa con la santísima Trinidad.

3. “Grande es su amor por nosotros”. El amor de Dios a los hombres se manifestó con particular evidencia en la vida de *san Agustín Roscelli*, a quien hoy contemplamos en el esplendor de la santidad. Su existencia, totalmente impregnada de fe profunda, puede considerarse un don ofrecido para la gloria de Dios y el bien de las almas. La fe lo hizo siempre obediente a la Iglesia y a sus enseñanzas, con una dócil adhesión al Papa y a su obispo. La fe le proporcionó consuelo en las horas tristes, en las grandes dificultades y en las situaciones dolorosas. La fe fue la roca sólida a la que supo aferrarse para no ceder jamás al desaliento.

Sintió el deber de comunicar esa fe a los demás, sobre todo a los que se acercaban a él en el ministerio de la confesión. Se convirtió en maestro de vida espiritual especialmente para las religiosas de la congregación que fundó, las cuales lo vieron siempre sereno, incluso en medio de las situaciones más críticas. San Agustín Roscelli también nos exhorta a confiar siempre en Dios, sumergiéndonos en el misterio de su amor.

4. “Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo”. A la luz del misterio de la Trinidad cobra singular elocuencia el testimonio evangélico de *san Bernardo de Corleone*, también él elevado hoy al honor de los altares. Todos se maravillaban y se preguntaban cómo un fraile iletrado como él podía hablar con tanta elevación sobre el misterio de la santísima Trinidad. En efecto, su vida estaba completamente orientada a Dios, a través de un esfuerzo constante de ascesis, impregnada de oración y de penitencia. Quienes lo conocieron testimonian unánimemente que “siempre estaba absorto en oración”, “jamás dejaba de orar” y “oraba constantemente”

(*Summ.*, 35). De este coloquio ininterrumpido con Dios, que tenía en la Eucaristía su centro de acción, sacaba el alimento vital para su valiente apostolado, respondiendo a los desafíos sociales de su tiempo, no exento de tensiones e inquietudes.

También hoy el mundo necesita santos como fray Bernardo, inmersos en Dios y, precisamente por esto, capaces de transmitirle su verdad y su amor. El humilde ejemplo de este capuchino constituye un aliciente para no dejar de orar, pues la oración y la escucha de Dios son el alma de la auténtica santidad.

5. “El Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad plena” (*Antífona de comunión*). Teresa Eustochio Verzeri, a quien hoy contemplamos en la gloria de Dios, en su breve pero intensa vida se dejó guiar dócilmente por el Espíritu Santo. Dios se le reveló como misteriosa presencia ante la cual es preciso inclinarse con profunda humildad. Se alegraba al considerarse bajo la constante protección divina, sintiéndose en las manos del Padre celestial, en quien aprendió a confiar siempre.

Abandonándose a la acción del Espíritu, Teresa vivió la particular experiencia mística “de la ausencia de Dios”. Sólo una fe inquebrantable evitó que perdiera la confianza en este Padre providente y misericordioso, que la ponía a prueba: “Es justo –escribió– que la esposa, después de seguir al esposo en todas las penas que acompañaron su vida, participe también con él en la más terrible” (*Libro de los deberes*, III, 130).

Esta es la enseñanza que santa Teresa deja al instituto de las “Hijas del Sagrado Corazón de Jesús”, fundado por ella. Esta es la enseñanza que nos deja a todos. Incluso en medio de las contrariedades y los sufrimientos internos y externos es necesario mantener viva la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

6. Al canonizar a la beata *Rebeca Choboq Ar-Rayès*, la Iglesia ilumina de un modo muy particular el misterio del amor dado y acogido para la gloria de Dios y la salvación del mundo. Esta monja de la Orden Libanesa Maronita deseaba amar y entregar su vida por sus hermanos. En medio de los sufrimientos, que no dejaron de atormentarla durante los últimos veintinueve años de su vida, santa Rebeca manifestó siempre un amor genero-

so y apasionado por la salvación de sus hermanos, sacando de su unión con Cristo, muerto en la cruz, la fuerza para aceptar voluntariamente y amar el sufrimiento, auténtico camino de santidad.

Que santa Rebeca vele sobre los que sufren y, en particular, sobre los pueblos de Oriente Próximo, que afrontan la espiral destructora y estéril de la violencia. Por su intercesión, pidamos al Señor que impulse a los corazones a buscar con paciencia nuevos caminos para la paz, apresurando la llegada del día de la reconciliación y la concordia.

7. “Señor, Dios nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!” (*Salmo responsorial*, 8, 2. 10). Al contemplar estos luminosos ejemplos de santidad, resuena espontáneamente en el corazón la invocación del salmista. El Señor no cesa de dar a la Iglesia y al mundo ejemplos admirables de hombres y mujeres, en los que se refleja su gloria trinitaria. Que su testimonio nos impulse a mirar al cielo y a buscar siempre el reino de Dios y su justicia.

María, Reina de todos los santos, que fuiste la primera en acoger la llamada del Altísimo, sosténnos en el servicio a Dios y a nuestros hermanos. Y vosotros, san Luis Scrosoppi, san Agustín Roscelli, san Bernardo de Corleone, santa Teresa Eustochio Verzeri y santa Rebeca Petra Choboq Ar-Rayès, caminad con nosotros, para que nuestra vida, como la vuestra, sea alabanza al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.

Homilía del Santo Padre en la solemnidad del Corpus Christi

1. “*Ecce panis angelorum, factus cibus viatorum: vere panis filiorum*”: “Este es el pan de los ángeles, pan de los peregrinos, verdadero pan de los hijos” (*Secuencia*).

Hoy la Iglesia muestra al mundo el *Corpus Christi*, el Cuerpo de Cristo. E invita a adorarlo: *Venite, adoremus*, Venid, adoremos.

La mirada de los creyentes se concentra en el Sacramento, donde Cristo se nos da totalmente a sí mismo: cuerpo, sangre, alma y divinidad. Por eso siempre ha sido considerado el más santo: el “santísimo Sacramento”, memorial vivo del sacrificio redentor.

En la solemnidad del *Corpus Christi* volvemos a aquel “jueves” que todos llamamos “santo”, en el que el Redentor celebró su última Pascua con los discípulos: fue la última Cena, culminación de la cena pascual judía e inauguración del rito eucarístico.

Por eso, la Iglesia, desde hace siglos, ha elegido un jueves para la solemnidad del *Corpus Christi*, fiesta de adoración, de contemplación y de exaltación. Fiesta en la que el pueblo de Dios se congrega en torno al tesoro más valioso que heredó de Cristo, el sacramento de su misma presencia, y lo alaba, lo canta, lo lleva en procesión por las calles de la ciudad.

2. “*Lauda, Sion, Salvatorem!*” (Secuencia).

La nueva Sión, la Jerusalén espiritual, en la que se reúnen los hijos de Dios de todos los pueblos, lenguas y culturas, alaba al Salvador con himnos y cantos. En efecto, son inagotables el asombro y la gratitud por el don recibido. Este don “supera toda alabanza, no hay canto que sea digno de él” (*ib.*).

Se trata de un misterio sublime e inefable. Misterio ante el cual quedamos atónitos y silenciosos, en actitud de contemplación profunda y extasiada.

3. “*Tantum ergo sacramentum veneremur cernui*”: “Adoremos, postrados, tan gran sacramento”.

En la santa Eucaristía está realmente presente Cristo, muerto y resucitado por nosotros.

En el pan y en el vino consagrados permanece con nosotros *el mismo Jesús de los evangelios*, que los discípulos encontraron y siguieron, que vieron crucificado y resucitado, y cuyas llagas tocó Tomás, postrándose en adoración y exclamando: “*Señor mío y Dios mío*” (*Jn* 20, 28; cf. 20, 17-20).

En el Sacramento del altar se ofrece a nuestra contemplación amorosa *toda la profundidad del misterio de Cristo*, el Verbo y la carne, la gloria divina y su tienda entre los hombres. Ante él no podemos dudar de que Dios está “con nosotros”, que asumió en Jesucristo todas las dimensiones humanas, menos el pecado, despojándose de su gloria para revestirnos a nosotros de ella (cf. *Jn 20, 21-23*).

En su cuerpo y en su sangre se manifiesta el *rostro invisible de Cristo*, el Hijo de Dios, con la modalidad más sencilla y, al mismo tiempo, más elevada posible en este mundo. A los hombres de todos los tiempos, que piden perplejos: “*Queremos ver a Jesús*” (*Jn 12, 21*), la comunidad eclesial responde repitiendo el gesto que el Señor mismo realizó para los discípulos de Emaús: *parte el pan*. Al partir el pan se abren los ojos de quien lo busca con corazón sincero. En la Eucaristía la mirada del corazón reconoce a Jesús y su amor inconfundible, que se entrega “*hasta el extremo*” (*Jn 13, 1*). *Y en él, en ese gesto suyo, reconoce el rostro de Dios*.

4. “*Ecce panis angelorum, ... vere panis filiorum*”: “He aquí el pan de los ángeles..., verdadero pan de los hijos”.

Con este pan nos alimentamos para convertirnos en testigos auténticos del Evangelio. Necesitamos este pan para crecer en el amor, condición indispensable para reconocer el rostro de Cristo en el rostro de los hermanos.

Nuestra comunidad diocesana necesita la Eucaristía *para proseguir en el camino de renovación misionera* que ha emprendido. Precisamente en días pasados se ha celebrado en Roma la asamblea diocesana; en ella se analizaron “las perspectivas de comunión, de formación y de carácter misionero en la diócesis de Roma para los próximos años”. Es preciso seguir nuestro camino “recomenzando” desde Cristo, es decir, desde la Eucaristía. Caminemos con generosidad y valentía, buscando la comunión dentro de nuestra comunidad eclesial y dedicándonos con amor al servicio humilde y desinteresado de todos, especialmente de las personas más necesitadas.

En este camino Jesús nos precede con su entrega hasta el sacrificio y se nos ofrece como alimento y apoyo. Más aún, no cesa de repetir en todo

tiempo a los pastores del pueblo de Dios: “*Dadles vosotros de comer*” (Lc 9, 13); partid para todos este pan de vida eterna.

Se trata de una tarea difícil y exaltante, una misión que dura hasta el final de los siglos.

5. “*Comieron todos hasta saciarse*” (Lc 9, 17). A través de las palabras del evangelio que acabamos de escuchar nos llega el eco de una fiesta que, desde hace dos mil años, no tiene fin. Es la *fiesta del pueblo en camino en el éxodo del mundo*, alimentado por Cristo, verdadero pan de salvación.

Al final de la santa misa también nosotros nos pondremos en camino en el centro de Roma, *llevando el cuerpo de Cristo escondido en nuestro corazón y muy visible en el ostensorio*.

Acompañaremos el Pan de vida inmortal por las calles de la ciudad. Lo adoraremos y en torno a él se congregará la Iglesia, ostensorio vivo del Salvador del mundo.

Ojalá que los cristianos de Roma, fortalecidos por su Cuerpo y su Sangre, muestren a Cristo a todos con su modo de vivir: con su *unidad*, con su *fe gozosa* y con su *bondad*.

Que nuestra comunidad diocesana recomience intrépidamente desde Cristo, Pan de vida inmortal.

Y tú, Jesús, Pan vivo que da la vida, Pan de los peregrinos, “*aliméntanos y defiéndenos, llévanos a los bienes eternos en la tierra de los vivos*”. Amén.

Mensaje de su Santidad Juan Pablo II para la XXII Jornada Mundial del Turismo

1. Con ocasión de la XXII Jornada Mundial del Turismo, cuyo lema es “*El turismo: instrumento al servicio de la paz y del diálogo entre las civilizaciones*”, deseo saludar a todos aquellos que, de distintos modos,

trabajan en este importante sector de la vida social. El turismo, en efecto, influye cada vez más en la vida de las personas y de las naciones. Los modernos medios de comunicación facilitan el movimiento de millones de viajeros en busca de descanso, de contacto con la naturaleza, o deseosos de conocer más profundamente la cultura de otros pueblos. La industria turística, que trata de satisfacer esos deseos, aumenta la oferta de itinerarios que dan la posibilidad de nuevas experiencias. Bien se puede decir que, prácticamente, se han derrumbado las barreras que aislaban a los pueblos y los hacían extranjeros unos de otros.

En sintonía con la decisión de las Naciones Unidas de proclamar el año 2001 como “Año internacional del diálogo entre las civilizaciones”, el tema elegido por la Organización Mundial del Turismo para la Jornada de este año es como una invitación a reflexionar sobre la aportación que puede dar el turismo al diálogo entre las civilizaciones. A este tema he dedicado yo mismo algunos pasajes del Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de este año. Se trata, en efecto, de un argumento que merece atención, ya que en el diálogo entre las culturas se encuentra “el camino necesario para la construcción de un mundo reconciliado, capaz de mirar con serenidad al propio futuro” (*Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2001*, n. 3).

2. La industria turística refleja cómo es el mundo: cada vez más global y más interdependiente. El desarrollo del turismo, en particular del turismo cultural, constituye sin lugar a dudas un beneficio para aquellos que lo practican y para la comunidad que acoge a los visitantes y turistas. Existe una conciencia generalizada de la importancia de las grandes obras de arte como signos de la identidad de las civilizaciones, y aumenta cada vez más la exigencia de protegerlas, también por parte de la comunidad internacional. En algunos lugares, sin embargo, el turismo de masa ha producido una forma de subcultura que degrada tanto al turista como a la comunidad que lo acoge: se tiende a instrumentalizar, con fines comerciales, los vestigios de “civilizaciones primitivas” y los “ritos de iniciación que aún perduran” en algunas sociedades tradicionales.

Para las comunidades receptoras, el turismo es muchas veces una oportunidad para vender los productos llamados “exóticos”. Surgen así centros de vacaciones sofisticados o caracterizados por un “exotismo

superficial”, para los curiosos que anhelan nuevas sensaciones. Desafortunadamente, este deseo desenfrenado llega a veces a aberraciones humillantes como la explotación de mujeres y niños en un comercio sexual sin escrúpulos, que constituye un escándalo intolerable. Es preciso hacer todo lo posible para que el turismo no llegue a ser, en ningún caso, una forma moderna de explotación, sino que sea la ocasión de un útil intercambio de experiencias y de un diálogo fructífero entre distintas civilizaciones.

En una humanidad globalizada, el turismo es a veces un factor importante de mundialización, capaz de promover cambios radicales e irreversibles en las culturas de las comunidades receptoras. Bajo el impulso del consumismo, puede transformar en bienes de consumo la cultura, las ceremonias religiosas y las fiestas étnicas, las cuales se empobrecen progresivamente para responder a los deseos de un mayor número de turistas. Para satisfacer tales exigencias, se opta por “reconstruir la dimensión étnica”: lo contrario de lo que debería ser un verdadero diálogo entre las civilizaciones, respetuoso de la autenticidad y de la realidad de cada uno.

3. No cabe duda de que, rectamente orientado, el turismo llega a ser una oportunidad para el diálogo entre las civilizaciones y las culturas y, a fin de cuentas, un precioso servicio a la paz. La naturaleza misma del turismo comporta algunas circunstancias que favorecen ese diálogo. En efecto, la práctica del turismo hace posible un distanciamiento de la vida diaria, del trabajo, de las obligaciones a las que estamos necesariamente sometidos. En esta situación, el hombre logra “ver desde otra perspectiva su propia vida y la de los demás: liberado de las ocupaciones diarias urgentes, puede redescubrir su dimensión contemplativa, reconociendo las huellas de Dios en la naturaleza y, sobre todo, en los otros seres humanos” (*Angelus* del 21 de julio, 1996).

El turismo pone en contacto con otras maneras de vivir, otras religiones, otras formas de ver el mundo y su historia. Eso lleva al hombre a descubrirse a sí mismo y a los demás, como individuos y como colectividad, inmersos en la vasta historia de la humanidad, herederos de un universo, a la vez extraño y familiar, y solidarios con él. Surge así una nueva visión de los demás, que evita el peligro de permanecer replegados sobre sí mismos.

Viajando, el turista descubre otros lugares, otros paisajes, nuevos colores, formas diversas, modos diversos de sentir y de vivir la naturaleza. Acostumbrado a su propia casa, a su ciudad, a los paisajes de siempre y a las voces familiares, el turista adapta su mirada a otras imágenes, aprende nuevas palabras, admira la diversidad de un mundo que nadie puede abarcar completamente. Con este esfuerzo, aumentará en él, sin lugar a dudas, el aprecio por cuanto le rodea, así como la conciencia de que es necesario protegerlo.

El viajero, en contacto con los prodigios de la Creación, percibe en su corazón la presencia del Creador y se siente impulsado a exclamar con sentimientos de profunda gratitud: “*¡Qué deseables son todas tus obras! Y eso que lo que vemos es sólo un destello*” (Eclo 42,22).

En vez de encerrarse en su propia cultura, los pueblos están llamados, hoy más que nunca, a abrirse a los otros pueblos, confrontándose con modos de pensar y de vivir diversos. El turismo es una ocasión favorable para este diálogo entre las civilizaciones, porque promueve el conocimiento de las riquezas específicas que distinguen a una civilización de otra, favorece una memoria viva de la historia y de sus tradiciones sociales, religiosas y espirituales, y una profundización recíproca de las riquezas en la humanidad.

4. Con ocasión de la Jornada Mundial del Turismo, por tanto, invito a todos los creyentes a que reflexionen sobre los aspectos positivos y negativos del turismo, para que den un testimonio eficaz de la propia fe en este campo tan importante de la realidad humana.

Nadie ceda a la tentación de hacer del tiempo libre un tiempo de “reposo de los valores” (cf. *Angelus* del 4 de julio, 1993). Por el contrario, es un deber promover una ética del turismo. En este contexto, es digno de atención el “Código ético mundial para el turismo”, que representa la convergencia de una amplia reflexión realizada por las naciones, por varias asociaciones del turismo y por la Organización Mundial del Turismo (OMT). Dicho documento es un avance importante para que el turismo sea considerado no sólo como una de las tantas actividades económicas, sino como un instrumento privilegiado para el desarrollo individual y colectivo. En efecto, gracias a él se puede utilizar mejor el patrimonio cultural de

la humanidad, en beneficio sobre todo del diálogo entre las civilizaciones y de la promoción de una paz duradera.

Hay que subrayar que dicho Código ético mundial tiene en cuenta los distintos motivos que impulsan a los hombres a recorrer el planeta de arriba a abajo, en especial los viajes por motivos religiosos, como las peregrinaciones y las visitas a los santuarios.

5. El conocimiento mutuo entre los individuos y los pueblos, gracias a encuentros e intercambios culturales, ayuda seguramente a la construcción de una sociedad más solidaria y fraterna. El turismo implica la convivencia temporal con otras personas, información sobre sus condiciones de vida, los problemas y la religión; presupone compartir las aspiraciones legítimas de otros pueblos; favorece las condiciones para su reconocimiento pacífico.

Una justa ética del turismo influye en el comportamiento del turista, hace que sea un colaborador solidario, exigente consigo mismo y con quienes organizan su viaje; artífice de diálogo entre las civilizaciones y las culturas para construir una civilización del amor y de la paz. Estos contactos facilitan esas relaciones de paz entre los pueblos que pueden surgir únicamente de un "turismo solidario", fundado en la participación de todos. Sólo con la participación de "igual a igual" se puede lograr que los contactos interculturales sean una oportunidad para la comprensión, el conocimiento recíproco y la distensión entre los hombres. Por eso se deben estimular todas las formas de participación eficaces entre las culturas. Es necesario garantizar a los habitantes de las localidades turísticas una oportuna participación en la planificación de la actividad turística, precisando bien los límites económicos, ecológicos y culturales.

Será igualmente útil que todas las estructuras del país receptor tiendan a realizar una actividad turística que esté siempre al servicio de las personas y de la comunidad.

De este modo, el turismo se pone al servicio de la solidaridad entre todos los hombres y del encuentro entre las civilizaciones, facilita la comprensión entre individuos y naciones, y constituye una oportunidad para realizar un futuro de paz.

Que los cristianos, operadores o usuarios del turismo, impriman siempre en la actividad turística el sello de un espíritu evangélico, recor-

dando la exhortación del Señor: “*Cuando entréis en una casa, decid primero: Paz a esta casa. Si hay allí gente de paz, vuestra paz recaerá sobre ellos*” (Lc 10, 5-6). Sean ellos testigos de paz y ofrezcan serenidad a cuantos encuentran.

Ruego al Señor para que este ámbito fundamental de la actividad humana esté siempre impregnado de valores cristianos y se transforme en instrumento de evangelización. Con tal fin, invoco la materna protección de María, Madre de toda la humanidad, y envío de todo corazón a cuantos trabajan en el ámbito turístico una especial Bendición Apostólica.

SANTA SEDE

Instrucción sobre el envío y la permanencia en el extranjero de los sacerdotes del clero diocesano de los territorios de misión

1. La misión universal de los presbíteros “*hasta los confines de la tierra*” (Hch 1, 8) ha sido confirmada con vigor por el Concilio Vaticano II y por el Magisterio Pontificio¹. En el Decreto sobre la actividad misionera *Ad gentes*, los Padres Conciliares exhortaban a los presbíteros a entender “*plenamente que su vida está consagrada también al servicio de las misiones*”².

El espíritu que anima esta apertura del servicio presbiteral es, sobre todo, misionero, y concierne a las diferentes situaciones del mundo de hoy, en modo particular a la evangelización de las poblaciones y los contextos socio-culturales en los que Jesucristo y su Evangelio no son conocidos³.

Los Padres Conciliares continuaron y ampliaron, de este modo, la intuición profética de la Encíclica *Fidei donum* de Pío XII, que, como afirma el Santo Padre Juan Pablo II en la Encíclica *Redemptoris Missio*, “*alentó a los Obispos a ofrecer algunos de sus sacerdote para un servicio temporal a las Iglesias de Africa, aprobando las iniciativas ya existentes al respecto*”⁴.

2. En efecto, desde la segunda mitad del siglo XX, la específica forma de cooperación misionera entre las Iglesias, mediante sacerdotes diocesanos llamados *fidei donum*, ha tenido y sigue teniendo todavía plena validez. Dicha cooperación se ha dirigido, principalmente, desde las Iglesias de antigua fundación hacia las Iglesias particulares no sólo de Africa, sino también de los demás Continentes, -Asia, América Latina y Oceanía-, ahí donde la evangelización exigía y exige un renovado impulso y vigor, a causa de la pobreza de medios y de personal.

Este don misionero ha permitido también el intercambio de sacerdotes diocesanos entre las Iglesias de los mismos territorios de misión, tanto dentro del mismo País, –hacia zonas y regiones menos evangelizadas–, como hacia Países del mismo Continente más necesitados de personal apostólico o, incluso, hacia otros Continentes, siempre en el ámbito misionero. Este intercambio debe ser, ciertamente, promovido y sostenido, teniendo en cuenta la disminución de los misioneros *ad vitam* provenientes de las Iglesias de antigua fundación⁵.

3. Este tipo de intercambio entre las Iglesias, que es un fruto concreto de la comunión universal, debe mantener un vigoroso impulso misionero. De esta manera se podrá evitar la tendencia que se verifica en un cierto número de sacerdotes diocesanos, incardinados en las Iglesias particulares de los territorios de misión, que desean salir de su propio País, –a menudo con la motivación de proseguir los estudios, o por otros motivos que no son propiamente misioneros–, y se dirigen a Países de Europa o de Norteamérica.

Dichos motivos están representados muchas veces, sólo por las mejores condiciones de vida que estos Países ofrecen y también porque algunas Iglesias de antigua fundación necesitan clero joven. Estas consideraciones persuaden al sacerdote a no volver a su propio País, contando, a veces, con el consenso tácito de su Obispo, otras veces, desobedeciendo la disposición del mismo que lo invita a regresar. Las distancias y las dificultades de comunicación contribuyen, frecuentemente, a que dichas situaciones irregulares no se normalicen.

4. Con la presente *Instrucción* el Dicasterio Misionero desea, por tanto, reglamentar la permanencia en el extranjero de los sacerdotes diocesanos de los territorios de misión, para evitar que las jóvenes Iglesias misioneras, todavía muy necesitadas de personal –particularmente de sacerdotes–, se vean privadas de significativas fuerzas apostólicas que son de todo punto indispensables para su vida cristiana y para el desarrollo de la evangelización entre poblaciones, en gran parte, aún no bautizadas⁶.

5. Los **destinatarios de esta Instrucción** son, en primer lugar, los Obispos diocesanos y cuantos les son equiparados según el derecho⁷, en

las circunscripciones eclesiásticas que dependen de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. Ellos deberán, por tanto, atenerse a las normas aquí especificadas, procediendo a su inmediata aplicación con la finalidad de dar solución a las situaciones irregulares.

La *Instrucción* es enviada también, de acuerdo con la Congregación para los Obispos, a los Episcopados de Europa occidental, Norteamérica y Australia, para que puedan conocer la existencia del fenómeno, adopten adecuadas disposiciones, y de este modo se restablezca un correcto intercambio entre las Iglesias, motivado por un verdadero espíritu misionero. La *Instrucción* mantiene su valor también para aquellos países, aquí no citados, donde se verifique el mismo problema.

6. La formación de los seminaristas de los territorios de misión.

La propuesta educativa del seminario debe hacerse cargo de una verdadera y concreta formación de los futuros sacerdotes que los eduque a la sensibilidad propia del pastor y a sus responsabilidades, incorporándoles a la pastoral de su Iglesia particular, donde con el diaconado serán incardinados. Es necesario que se les ayude a abrirse, en su corazón y en su mente, a la dimensión específicamente misionera y universal de la vida eclesial⁸.

En los territorios de misión deberá prestarse una atención particular para evitar que se cree aquella mentalidad que un seminarista, una vez ordenado sacerdote, tiene derecho a proseguir los estudios superiores y que el Obispo, a su vez, tiene la obligación de enviarlo a estudiar al extranjero.

Es importante, en cambio, que se promueva con atención la **formación permanente de los sacerdotes**, en su dimensión espiritual, intelectual y pastoral, tanto a nivel diocesano, como provincial o nacional⁹.

7. Motivos de permanencia en el extranjero.

Uno de los motivos principales por los que un sacerdote diocesano de los territorios de misión es enviado por su Ordinario a Occidente es **para que éste pueda proseguir los estudios**, en vista de un concreto servicio eclesial, cuando en la propia región no hubiera estructuras académicas adecuadas.

Se ha constatado que la formación intelectual de los sacerdotes, tanto en las disciplinas teológicas como en aquellas de otra naturaleza, ha sido

siempre útil para toda Iglesia particular. El Concilio Vaticano II, en el Decreto *Optatam totius* afirma: “*Los obispos han de preocuparse por enviar a los jóvenes con cualidades de carácter, virtud e inteligencia a los Institutos especiales, Facultades y Universidades, para que así se preparen con una formación científica superior en las ciencias sagradas o en otras que parezcan convenientes que puedan responder adecuadamente a las diversas necesidades del apostolado*”¹⁰.

Cada Obispo, con sus colaboradores, debe, pues, escoger cuidadosamente entre sus sacerdotes a aquellos que sean verdaderamente dotados y capaces para realizar los estudios superiores. Para ello tendrá en cuenta las exigencias concretas de la Diócesis, por ejemplo, la enseñanza en el Seminario menor y mayor, la formación permanente del clero, las oficinas de la curia, así como algunos sectores particulares de la pastoral diocesana, o también las necesidades a nivel provincial o nacional, en este caso de acuerdo con la respectiva Conferencia Episcopal.

Se recomienda encarecidamente que no se envíen a estudiar a aquellos sacerdotes que presenten problemas de naturaleza personal. Sería este un vano intento de encontrar una solución a sus dificultades que deberían ser atendidas, en cambio, en un modo más específico y apropiado.

El Obispo que acoge en su Diócesis a sacerdotes de territorios de misión por motivos de estudio, deberá proveer a su formación espiritual, tal como ya se está realizando fructuosamente en algunos Países. Sería oportuno que la Conferencia Episcopal estableciera normas particulares que regularan la permanencia, por motivos de estudio, de dichos sacerdotes¹¹.

8. Otro motivo por el cual un sacerdote diocesano puede ser escogido y enviado al extranjero, por un cierto tiempo, lo constituye la asistencia pastoral a los emigrantes de su misma nación.

El fenómeno de la movilidad humana se presenta hoy bajo nuevas formas, que requieren una eficaz atención pastoral. Es, por tanto, muy oportuno que algunos Episcopados de los Países de misión envíen al extranjero, en zonas concretas, a sacerdotes competentes y animados de un verdadero espíritu misionero, que acompañen y reúnan a los hombres y mujeres emigrantes de su País, —en especial a aquellos que han emigrado o

se han refugiado en Países mayoritariamente no cristianos—, para asistirlos espiritualmente y para seguir manteniendo sus vínculos con el País de origen. Todo esto, evidentemente, deberá realizarse mediante acuerdos concretos con los Obispos y, eventualmente, con las Conferencias Episcopales donde residan los emigrantes¹².

9. Un ulterior motivo se da, excepcionalmente, en los casos de **sacerdotes obligados a abandonar el propio País**, a causa de persecuciones, guerras u otras gravísimas razones. Aunque el acontecer de dichos eventos no suele permitir una adecuada previsión, es necesario que se clarifiquen las situaciones y las posiciones de cada caso, teniendo en cuenta también las exigencias de la legislación de las naciones que acogen a los refugiados.

Normas

Como regla general se confirma, en primer lugar, cuanto ha sido sancionado por el canon 283.1 del C.I.C.: *“Aunque no tengan un oficio residencial, los clérigos no deben salir de su diócesis por un tiempo notable, que determinará el derecho particular, sin licencia al menos presunta del propio Ordinario”*.

La Congregación para la Evangelización de los Pueblos invita a todos los Obispos y Sacerdotes diocesanos a la estricta observancia del citado canon, en relación también a los casos señalados en el n. 3 de la presente *Instrucción*.

A. Normas para el envío de sacerdotes por motivos de estudios

Art. 1. El Obispo diocesano de los Países de misión, una vez valoradas las necesidades concretas y oído el parecer de sus colaboradores, escoja al sacerdote más idóneo para proseguir los estudios en la especialización requerida, y solicite su consenso. Establezca la materia de estudio en la que el sacerdote deberá especializarse, la Facultad a la que deberá inscribirse y la fecha definitiva de su regreso.

Art. 2. Establezca un acuerdo escrito con el Obispo de la Diócesis y con la Institución donde ha decidido enviar al sacerdote, teniendo en cuenta también los aspectos relativos a su sustentamiento económico.

Art. 3. Acuerde con el Obispo que acoge, la actividad pastoral que el sacerdote podrá desarrollar solamente durante la duración de los estudios, sin que la misma conlleve un gravamen que impida concluirlos en el tiempo acordado y sin que exija la estabilidad prevista por el derecho¹³.

Art. 4. El Obispo diocesano que acoge en su Diócesis a sacerdotes estudiantes provenientes de los Países de misión, verifique que existan acuerdos precisos con el Obispo que envía al sacerdote a continuar sus estudios, tal como se ha especificado anteriormente.

Art. 5. El Obispo que acoge a sacerdotes estudiantes en su diócesis, les asegure una asistencia espiritual adecuada, los incorporen la pastoral diocesana y les haga partícipes de la vida del Presbiterio, acompañándoles con paterna solicitud.

Art. 6. En caso de graves problemas, el Obispo que acoge, oído el Obispo que ha enviado al sacerdote, tome medidas adecuadas que pueden llegar incluso hasta revocarla licencia de permanecer en Diócesis¹⁴.

Art. 7. El sacerdote que rechace de modo obstinado, incluso después de la admonición prescrita¹⁵, la obediencia a la decisión del propio Obispo de regresar a la Diócesis, sea castigado con justa pena, según las normas del derecho¹⁶. Antes de proceder, el Obispo que envía al sacerdote informe debidamente al Obispo que lo acoge.

B. Normas para la permanencia en el extranjero en vista de la asistencia pastoral a los emigrantes

Art. 8. Además de las normas ya emanadas tanto en el derecho universal como en el derecho particular, los dos Obispos interesados concuerden mediante acuerdo escrito, las modalidades y los tiempos de la asistencia pastoral requerida, antes de conferir a un sacerdote incardinado en circunscripciones eclesiásticas de los territorios de misión el encargo de capellán de grupos de emigrantes. Dicho sacerdote sea introducido en la pastoral diocesana y participe en la vida del presbiterio.

Art. 9. En el caso de grupos numerosos de emigrantes podrán también establecerse acuerdos entre las Conferencias Episcopales interesadas.

C. Normas para los casos de sacerdotes refugiados por graves motivos

Art. 10. El Obispo que acoge en su Diócesis a un sacerdote refugiado de los territorios de misión por graves motivos, antes de asignarle un oficio pastoral, oiga también el parecer de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos.

El Sumo Pontífice Juan Pablo II, en el curso de la Audiencia del 24 de Abril de 2001, concedida al infrascrito Cardenal, ha aprobado la presente Instrucción y ha ordenado su publicación.

Roma, desde la sede de la Congregación para
la Evangelización de los Pueblos
el 25 de Abril de 2001, Fiesta de San Marcos Evangelista.

Jozef Card. Tomko
Charles Schleck, C.S.C.,
Arzobispo tit. de Africa,
Secretario Adjunto

Colaboraciones

San Juan Bautista, 800 años de historia

La parroquia de San Juan Bautista ha celebrado desde el 1 de marzo al 28 de abril los actos conmemorativos del VIII centenario de su dedicación al Santo Precursor. Dos meses en las piedras vivas de esta parroquia, ocho veces centenaria, se han vestido con las mejores galas para conmemorar este singular acontecimiento.

Han sido nueve los actos, dedicados a iluminar e interiorizar la historia de esos ocho siglos de vida parroquial. El primero se celebró en los locales parroquiales y lo protagonizó Santiago Guijarro, profesor de la UPSA, experto en temas bíblicos y en el conocimiento de Tierra Santa, muy vinculado desde joven a la parroquia de San Juan Bautista. Disertó sobre el tema, “San Juan Bautista precursor y testigo”.

El segundo consistió en un concierto de música sacra, del Coro Francisco Salinas que entusiasmó a la parroquia. También tuvimos en San Juan de Barbalos una celebración de la Palabra en la que saboreamos “Las palabras de San Juan” llenas de luz y de riqueza.

Otro día, Ramón Campos ofreció una disertación sobre arte y catequesis; todo un acierto. El jueves 29 de marzo, D. Victoriano nos ofreció otro concierto de música sacra con el Coro Tomás Luis de Victoria en la Iglesia parroquial, que mostró su gran calidad armónica musical.

El jueves 5 de abril pudimos vivir una celebración penitencial en la que nos sentimos reconciliados con nuestro Padre Dios y con los hermanos. Todo esto como preludio a la marcha penitencial a Cabrera, donde el Cristo espera cada día para perdonar a todo el que llega a él con humildad.

Como final feliz de todos estos actos, se celebró un triduo solemne en honor de San Juan Bautista, que se cerró con una eucaristía presidida por el Sr. Obispo.

La clausura tuvo lugar el sábado 28 de abril con la proyección de un vídeo titulado: “*San Juan, imagen, luz y sonido*”, realizado por nuestro amigo, parroquiano y artista José Amador Martín. Realmente se ha podido captar la imagen, luz y sonido de esta larga historia parroquial de ocho siglos. Hemos admirado con reposo en el ámbito de la Iglesia del Bautista, con el encanto de su románico, el ábside, el Cristo de Jerusalén y el de la Zarza, la policromada imagen de san Juan Bautista, la Virgen de las Guindas con el Niño, y alguna más.

Ha sido éste, un tiempo precioso en el que hemos sido todos confirmados por el Espíritu Santo en el amor de Dios, para que podamos vivir en fraternidad.

Isidro Marcos de Paúl